

# LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Sábado 1.º de Marzo de 1862.

Núm. 29.

**CÓMO DEBEN PROCEDER LAS MADRES  
PARA DAR Á SUS HIJOS EL CONOCIMIENTO DE LO  
QUE DEBEMOS Á NUESTROS SEMEJANTES.**

Lo primero que debeis enseñar á vuestros hijos, respecto á sus deberes para con los hombres, es lo que os deben á vosotras mismas, esto es, amor, respeto y confianza.

Nada tan extraño á primera vista como el considerable número de niños que carecen de ternura para aquellos que les han dado la vida; pero muy luego deja de admirarse de ello cualquiera que examine la manera de obrar de estos padres respecto á sus hijos: al ver el humor severo y la dureza con que los tratan, no parece sino que se han propuesto ahogar en ellos los sentimientos mas dulces de la naturaleza. Si quereis conducirlos á que os amen hasta en la vejez mas avanzada, tratadlos con dulzura, dejadlos regocijarse delante de vosotras, tomad parte en sus goces, y no temais mostrarles vuestra ternura: por este medio excitareis su confianza, y vendrán á depositar en vuestro seno todos sus secretos, querrán asociaros á todas sus alegrías, y nos atreveremos á prometeros que encontrareis una muy viva, en las mútuas expansiones de vuestros afectos.

Hay madres que reservando su amor para aquellos de sus hijos que son mas hermosos y robustos, ó que muestran mas talento y vivacidad, no miran sino con indiferencia á los que tienen alguna imperfeccion natural, ó su inteligencia menos extensa, ó su imaginacion mas perezosa. ¿Por qué tratar así á estos po-

bres niños?... ¿no son vuestra sangre como los demás?... ¿son culpables por haber recibido menos dones?... ¿no debeis, por el contrario, procurar indemnizarlos, con una compasion generosa, de lo que les falta? Les debeis tanto mas, que no solamente ellos mismos, sino tambien sus hermanos, sus hermanas y todas las personas de buen corazon, estimarán lo que hagais de mas en favor de ellos. Esta predileccion de vuestros cuidados no engendrará ninguna envidia; pero si vuestras preferencias están fundadas en motivos contrarios, excitareis celos y odios contra vuestros favoritos, y originareis la division en vuestra familia, en la cual debeis conservar la mejor inteligencia.

Bien sabemos que es difícil á muchas madres virtuosas el no ceder á una inclinacion mas marcada hácia aquellos de sus hijos que se distinguen por su juiciosa conducta y sus buenas costumbres. Si hay alguna parcialidad disculpable, lo es seguramente la que tiene tan justos fundamentos; pero debe tener sus límites, y he aquí el consejo que os podemos dar sobre este asunto: Si veis que vuestros testimonios particulares de consideracion hácia los hijos buenos engendran en los demás el deseo de merecerla á su vez, continuad conservando en ellos este principio de emulacion; sobre todo, estimulando sus esfuerzos, y mostrándoles cada dia mas cariño, á medida que progresen en el bien, para convencerlos de que vuestras preferencias hácia sus hermanos solo eran una justicia hecha á sus buenas cualidades. Si, por el contrario, veis que vuestra



predileccion, en vez de producir tan buen efecto, solo excita animosidad, y no sirve sino para hacerlos peores, guardaos de dejar resplandecer á sus ojos sentimientos que podrian acabar de perderlos. Redoblad vuestros cuidados y atenciones para que jamás puedan creerse extraños á vuestro afecto, y mostraos siempre prontas á dispensarles, como á los demás, vuestra gracia. ¡Qué alegría para vosotros si conseguís al fin hacerlos dignos de ella! Si no podeis alcanzar este resultado, tendreis al menos el consuelo de haber llenado vuestros deberes para con ellos, y quizá de haber evitado que lleguen á estar enteramente endurecidos para la virtud.

La familiaridad con vuestros hijos no los desviará del respeto que os deben, en tanto que os vean sin debilidad en las muestras que les deis de vuestro amor. Cuanto mayor sea la complacencia que les mostreis por sus deseos inocentes, mas necesario será que os armeis de firmeza para reprimir sus deseos injustos; pero no es menester tratarlos con rudeza para no halagar ninguno de sus defectos: buenas palabras pueden obrar un gran bien, y vuestro buen ejemplo será siempre la mejor leccion. Viendo á su padre y á su madre vivir juntos en perfecta inteligencia, auxiliarse en sus enfermedades, consolarse en sus aflicciones y procurar prevenirse todos sus deseos, los hermanos y las hermanas adquieren entre sí los mismos sentimientos. Las acciones cuyo espectáculo se ofrece á nuestra vista diariamente, no tardan en formar nuestra conducta: la de vuestros hijos estará, pues, siempre en vuestras manos. Hacedlos testigos de vuestra constancia y actividad en los trabajos, de vuestra piedad para los desgraciados, de vuestra benevolencia para los demás hombres, de vuestra indulgencia para sus debilidades, de vuestra rectitud en los negocios, de vuestro respeto á las leyes y á las buenas costumbres, y vereis nacer y fortalecerse estas mismas disposiciones en sus almas, y su amor hácia vosotros se acrecentará con su veneracion á vuestras virtudes.

Exigiendo la obediencia á vuestros hijos, tened cuidado de que no os obedezcan únicamente por temor de algun castigo ó por la esperanza de alguna recompensa: es necesario persuadirlos, desde muy temprano, de que cuanto les mandeis es para su propio bien y el de los demás, porque los amais, y porque sabeis mejor que ellos lo que les conviene. No dejeis de convencerlos de esto siempre que la prueba sea, por su naturaleza, capaz de impresionarlos vivamente; de esta manera se acostumbrarán á obedeceros ciegamente, aunque no perciban á primera vista la razon de vuestros mandatos. Esta consideracion os debe inducir á no dar órdenes que no sean justas; pero entonces, hacedlas ejecutar en toda su extension, pues si al cabo de una hora os retractais de lo que habeis prescrito, ó si los hijos, dirigiéndose á su madre, pueden esperar que se les dispense de obedecer á su padre, los hareis necesariamente indóciles y rebeldes, y sereis luego injustas para ellos cuantas veces los castigueis por su desobediencia, puesto que vosotras mismas los habreis inducido á ella.

No les deis ninguna orden sin explicarla bien, y sin que esteis seguras de que la comprenden, para no dejarles pretexto alguno de faltar.

No las deis nunca por puro capricho; y cuando sean justas, que ni las súplicas ni las lágrimas os muevan á revocarlas.

Vuestros hijos deberán un dia obedecer la ley; pues bien, procurad que se habitúen á esta sumision, subordinando sus voluntades á la vuestra; pero, os lo repetimos, es preciso que vuestra voluntad esté siempre evidentemente fundada en la razon: así les facilitareis la práctica de la virtud para el resto de su vida; porque el que aprende á ceder en sus propensiones, á la razon que reconoce en los demás, sabrá en su dia dominar sus pasiones con su propia razon.

Despues de haber enseñado á vuestros hijos lo que os deben, les enseñareis lo que deben á los demás.



Todos nuestros deberes para con los hombres están comprendidos en la justicia y la caridad; y el ejercicio de estas dos virtudes estriba igualmente en el solo principio de no hacer á los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros mismos, y hacer por ellos lo que quisiéramos que hiciesen por nosotros.

Esta máxima, que nos viene de la boca de Dios, basta para guiaros en todas las instrucciones que podrais dar sobre este punto á vuestros hijos: fijadlos siempre en este principio, para que sean jueces de sus propias acciones, como tambien de la pena ó recompensa que por ellas merezcan.

Así, cuando os hablen mal de sus amigos ó de sus hermanos y hermanas, les digan injurias, les vituperen sus defectos, les turben sus placeres y quieran maltratarlos ó quitarles lo que les pertenece, preguntadles si se alegrarian de que se hiciese otro tanto con ellos; y para hacer esto mas sensible, tratadlos exactamente de la misma manera que ellos hayan tratado á los demás: tal es el mejor medio de correccion que podeis emplear.

Exhortadlos á consolar á sus amigos en sus penas, á ayudarles en sus trabajos, á socorrerlos en sus necesidades, y aun á prevenir sus deseos; y cuantas veces lo hagan, haced otro tanto en favor de ellos, diciéndoles que seguís el ejemplo que os han dado ellos mismos; pero si han rehusado hacerlo, que experimenten de vuestra parte esto mismo: no hay leccion de un efecto mas universal, porque toca á sentimientos que existen en todos los corazones.

No permitais que vuestros hijos usen un tono imperioso con vuestros criados; si necesitan algunos de sus servicios, que se los pidan con dulzura y les den las gracias cuando los hayan obtenido: es necesario sobre todo hacerles comprender á cada instante que, lejos de poder mandar, su debilidad los pone en la dependencia de todo lo que les rodea, que no pueden ser útiles á nadie, y que tienen necesidad de todo el mundo.

Inspiradles desde muy temprano ideas de desinterés y generosidad; haced que compartan con sus amigos y con sus hermanos y hermanas los juguetes y dulces que se les den; inducidlos hasta á privarse de una cosa que les guste, para obsequiar á sus amigos: que un testimonio de reconocimiento y de afecto les parezca un goce superior á todos los de su satisfaccion personal.

Acostumbradlos, en fin, á la práctica de la caridad. Si el mendigo que llega á la puerta de vuestra casa os parece un holgazan, indigno de vuestro socorro, no lo rechaceis ni reconvengais por boca de vuestros hijos, aunque los hagais testigos de la leccion que dais al desgraciado: bueno es que, aun el acto de rigor mas necesario, les sea extraño. Si, por el contrario, el pobre está agobiado de años ó de males, é imposibilitado de ganar su vida, que vuestros hijos sean los encargados de llevarle la limosna; pero que no lo hagan como un acto de que vosotras os quereis evitar la molestia, sino que lo consideren como un placer de que os privais en su favor, y que no les concederíais si estuviéseis descontentas de su conducta.

No enseñeis á vuestros hijos á que hagan obras pasajeras de caridad, sino á que se muestren siempre humanos y compasivos. Para ejercitar su naciente sensibilidad, procurad que se empleen en actos que los hagan útiles á sus semejantes: acostumbradlos á los servicios obsequiosos, á las complacencias oficiosas, á las atenciones corteses. Cuando gradualmente hayais conseguido hacerles experimentar que el espectáculo mas grato sobre la tierra es el que ofrece uno de nuestros semejantes á los ojos de quien le ha llenado el corazón de un sentimiento inesperado de alegría, os podreis considerar como verdaderas bienhechoras de los hombres, porque habreis transmitido á la generacion que os debe suceder los sentimientos mas interesantes para su felicidad.

J. T. L.



## EDUCACION PRÁCTICA.

### REFLEXIONES SOBRE LA INSTRUCCION DE LA MUGER.

#### III.

Partiendo de la fórmula que hemos dejado sentada, y como consecuencia necesaria de los principios y reflexiones preliminares á ella para determinar de una manera clara y sucinta la instruccion que conviene á la muger, como medio auxiliar para el desarrollo de sus facultades, y preparacion necesaria al cumplimiento de su destino, fácil nos será exponer la índole y carácter de los estudios que constituyen su primera educacion intelectual y práctica, bajo un orden razonado y prudente que satisfaga á todas las necesidades y baste á todas las aptitudes, sea cualquiera la condicion y clase de las familias de cuyo presente parte y á cuyo porvenir se dirige en los ulteriores fines de la educacion.

Fácil es reconocer siempre todas las ligeras diferencias que se notan en el desarrollo intelectual de los dos sexos, por mas que sean muchas y muy notables algunas de las esenciales que en uno de nuestros anteriores artículos hemos expuesto, considerándolos en la plenitud de sus facultades.

Estas diferencias no exigen sino muy acertadas variaciones en el plan que debe presidir á la direccion de sus estudios, relativamente á los distintos ramos de enseñanza que deben cultivar, que los profesores y profesoras han de tener muy en cuenta. Las niñas en general, lo mismo que la muger formada, cultivan con mas gusto y mejor éxito los estudios literarios que las ciencias exactas; y de esta inclinacion, hija de su especial aptitud, no debe prescindirse jamás, y mucho menos en las tareas educativas de la edad primera.

Suponiendo que todo lo concerniente á labores y cuidados domésticos se encamina desde luego, desde el aprendizaje, á hacerla mas capaz de dirigir que ejecutar, ó vice-versa, segun que esté llamada por su clase á uno ú otro destino, téngase muy presente que esta

parte, esencialmente práctica, entra en el orden de los ejercicios corporales; puesto que la índole de los que deben establecerse para la muger, como imprescindible en un plan bien combinado de educacion, no tienden á un grado superior de desarrollo en las fuerzas musculares. Así, el resto de tiempo que le quede, puede emplearlo en su instruccion propiamente dicha, para la cual, como no resulta tanto como para el niño, se hace indispensable una constante asiduidad y esmero que no se tiene ordinariamente; pues es sabido que hasta el dia se ha mirado esta instruccion, por la generalidad, como supletoria, ó mas bien accesoria á la preparacion especial de la muger.

Grande es el resultado que puede obtenerse en la instruccion de esta cuando niña, si no se pierde de vista que hay en su inteligencia mas precocidad que en el niño; que su vida, mucho mas sedentaria, le dá mayores disposiciones y hábitos de estudio que favorecen extraordinariamente sus progresos. De aquí el que se advierta en las que están sometidas á una instruccion bien dirigida, gran superioridad relativamente á los niños hasta la edad de trece años; pero superioridad que si bien es preciso favorecer y fomentar para sacar de ella el mejor partido posible, no conviene ni debe pretenderse sostenerla mas allá de esa edad, porque es contraria á la condicion y destino de la muger. La niña á los trece años está formada, ó próxima á formarse físicamente, y debe entrar por tanto en una vida práctica de detalles domésticos que la obligue á abandonar en gran parte los estudios que el hombre á esta edad cultiva con mayor constancia. Este hecho limita considerablemente el saber y mayor ilustracion de las mugeres, que casi en su mayoría no se hallan en circunstancias de llevar á mayor extension en edad mas avanzada, á no privar á sus familias del fruto saludable de la que han recibido ya. Para aprovechar, pues, ese período de la vida de manera que todos y cada uno de los ramos del saber, llevados los mas



de ellos en un desenvolvimiento simultáneo que auxilie su comprension, lleguen á ilustrarla suficientemente, se ha de empezar por limitar su extension á lo puramente necesario y directamente útil al orden de funciones que á la muger corresponden en la satisfaccion de las necesidades de la familia. No es posible jamás llegar á este resultado sin dar á todos los conocimientos un carácter práctico y de conveniente aplicacion, para lo cual han de seguir ó preceder necesariamente una série no interrumpida de ejercicios suficientes y propios para adiestrarla en todo género de ocupaciones y trabajos. Así, por ejemplo, despues de limitar la lectura y escritura á un ejercicio correcto y fácil, no conviene en la gramática ir mas allá de las explicaciones oportunas para conocer la naturaleza de las palabras, las reglas mas precisas para distinguirlas y las de una ortografía corriente. Los conocimientos que deben adquirir en el cálculo, se reducirán á los verdaderos elementos de aritmética, aplicados á la contabilidad mas usual en el uso doméstico, que se llaman vulgarmente cuentas, ó las cuatro operaciones principales. Tambien conviene á la gimnasia intelectual de las niñas, tanto como el acertado desempeño de ciertos trabajos que la han de ser peculiares en su dia, iniciarla en el conocimiento de las formas geométricas y su trazado práctico, despues de haberla dado idea de las figuras, ángulos y líneas. De las ciencias naturales, la geografía y la historia, la economía y otras ciencias, solo se las transmitirán aquellas nociones aplicables á las necesidades de la vida, con relacion al orden moral, intelectual ó material.

Aquí terminará necesariamente la instruccion que la generalidad de las niñas pueden adquirir durante la infancia. Pero como para algunas pueda continuar despues con el fin de enriquecer sus talentos, porque su posicion y fortuna no exijan que desde luego se consagren á la aplicacion inmediata de su aptitud en los oficios y cuidados domésticos, puede muy bien para estas rodearse desde el principio de ac-

cesorios útiles y recreativos, que contribuirán á embellecer sus dotes personales, además de proporcionarlas una aptitud especial para las artes y ciertas profesiones á que en una situacion adversa pudieran dedicarse con fruto. Las que vivan en la opulencia, hallarán en una instruccion mas extensa, y no comun en la muger, una fuente inagotable de elevados goces y un firme escudo contra los peligros de la ociosidad; quedando aptas para utilizar el mayor desarrollo intelectual que les habrá proporcionado, ya en la literatura, las bellas artes ó la educacion, el dia que la fortuna las niegue sus dones y tengan que librar en sus propios esfuerzos el bienestar de su familia.

En esta senda, y para las clases elevadas de la sociedad, la instruccion de la muger no tiene límites en ningun sentido, mereciendo siempre una justa preferencia la que reúne las condiciones de mas general y varia. Pero en la imposibilidad de suplir su falta en el hogar doméstico para el cumplimiento de las obligaciones que le son peculiares, cuando corresponde á las demás clases sociales, es de consecuencias funestas distraerla en su infancia de la instruccion fundamental, cuyos principales rasgos hemos trazado, por ocuparla en ramos de adorno y lujo que ha de abandonar despues, á no aconsejarlo así disposiciones muy especiales y precoces que la señalen un puesto distinguido en el ramo que por ellas han de poseer.

L. R. y P.

### EL BUEN JUICIO

COMO REGLA DE EDUCACION.

La ciencia de la educacion, que parece tan complicada para la extensa série de conocimientos con que se relaciona, es sin embargo de una extremada sencillez en los puntos mas culminantes de su aplicacion práctica. Todas sus reglas se pueden reducir á muy corto número, y aun si cabe, podemos asegurar que á una sola, que consiste en el ejercicio constante de un buen juicio para la resolucion de todas sus



cuestiones y la direccion de sus prácticas; lo cual no viene á ser otra cosa que encomendarla á lo que vulgarmente se llama sentido comun.

Véase, pues, cómo, á pesar de la importancia que damos á todas y cada una de sus ramas, especulativa y práctica, no pretendemos hacer de ella una ciencia misteriosa y difícil para desalentar á los que tienen el deber de poseerla para practicarla, y anhelan entregarse con acierto á su cultivo. Por el contrario, aspiramos á que sea patrimonio de todas las inteligencias, aunque no sea en su parte mas elevada, para que venga á ser patrimonio de las madres de familia. A este fin nos proponemos aprovechar hoy algunos principios y observaciones, que servirán para fijar la atencion y hacer ver cuán fácil es dar cima á la grande obra de preparar convenientemente el desarrollo de las facultades morales del niño, con solo subordinar la accion de quien lo dirige á las justas exigencias del sentido comun, en todo cuanto se refiere á la educacion.

Cuando hayamos logrado tener sobre un niño todo el ascendiente necesario para educarle, cosa bien sencilla si se le ama, y contamos con un regular criterio para no separarnos de lo que aconseja el sentido comun, todo cuanto ocurre en su educacion se resuelve por sí mismo. Las dificultades que se presenten, que no se deben despreciar jamás, serán numerosas y variarán tanto como los caracteres y las circunstancias, pero se necesita para vencerlas un tacto delicado, al que no se llega en verdad por la lectura de libros y el conocimiento de los métodos. El gran libro que al efecto debe estudiarse incesantemente es el alma del niño; y cuando abiertas, por decirlo así, sus páginas, sean comprendidos sus caracteres hasta el punto de que nos sea fácil su lectura, hallaremos siempre la resolucion escrita al lado del problema que se nos presente.

El buen juicio, esta cualidad inherente al individuo, que lo mismo se manifiesta en el modesto artesano que en el distinguido hombre de Estado, como regulador de su conducta, enseña á todos igualmente cómo deben educar sus hijos: pues que Dios que nos ha impuesto este deber, nos ha dado las luces necesarias para cumplirlo. Pero estas luces se oscurecen muchas veces bajo la influencia de los errores y las pasiones, y es imprescindible desvanecer los unos y despojarnos de las otras para ver claro.

El sentido comun ordena que jamás veamos en un niño otra cosa que el niño mismo, y no el hom-

bre; que juzguemos de sus actos por lo que son relativamente á él mismo, y no por lo que sean relativamente á los demás: por consiguiente, aconseja y manda que no nos irriteemos contra el niño cuando por él se ha desatendido nuestra voluntad, que quizá le haya sido desconocida, porque atribuyamos su falta al deseo de contrariarnos ó á la indiferencia hacia nosotros, cuando habrá sido hija de la irreflexion; pues el placer del presente se apodera del niño de tal manera, que para él es despreciable la idea de sus consecuencias posibles. Se observan en ellos faltas de poca importancia aparente y que son de graves consecuencias, porque provienen de una conocida malicia; y las hay, por el contrario, graves en la apariencia, que nada son en realidad, porque ningun mal sentimiento las ha sugerido. Del mismo modo pronuncia á veces expresiones reprobadas, en un momento de excitacion ó efervescencia, sin comprender la fuerza de su significado, porque se halla turbada la claridad de sus percepciones, y á su edad, que marcha sin brújula, forma juicios falsos.

Para explanar mejor estos hechos, propondremos un sencillo ejemplo:

Pisotear una tierra sembrada, es una falta de parte de toda persona que comprende lo que hace; pero no sucede lo mismo cuando lo ejecuta un niño que no tiene idea del perjuicio que causa. Mas si una vez advertido de él lo volviese á ejecutar por olvido ó por irreflexion, la falta que comete es ligera; al paso que, si jugando á la pelota, y para asegurar su triunfo en el calor del juego, atraviesa el sembrado para evitar así una vuelta, comete una falta que le es imputable, porque en este caso ha sobrepuesto la pasion al deber. Sin embargo, aunque la falta cometida deba reprimirse, sobre todo por sus peligrosas consecuencias para el alma, es preciso, para bien de esta misma, no darle mucha importancia. Pero si el niño pisotea la tierra porque nada le importa hollarla, ó porque le importa menos desobedecer, entonces la falta es grave; y será mas grave aun, si lo ha hecho con intencion deliberada de faltar á sus deberes ó de perjudicar. ¿Pero hay en el mundo un niño capaz de obrar con una intencion tan perversa? No es creíble, y mucho menos que un padre que haya desatendido el corazon de su hijo, posea el talento bien raro de hacerse odiar de él.

El buen juicio, que nos enseña á no ver en las faltas de los niños otra gravedad que la malicia que las es inherente, nos ordena al mismo tiempo que no



miremos estas faltas como irreparables, ni los defectos de esta edad como incorregibles; pues que es evidente que en un carácter no formado aun, puede con el tiempo mejorarse la disposicion, dándonos esperanza de encaminarla hácia el bien.

El sentido comun nos enseña igualmente á medir ó arreglar los medios al efecto que se quiere producir, y á no imitar al que por librar á su amigo de una mosca que le importunaba, le lanzó una piedra á la cabeza.

Debemos advertir, por último, que no conviene desalentar, irritar ni fatigar al niño con nuestras impaciencias, ni oponerse al torrente de sus inclinaciones. Se le han de dispensar sus cosas, mas bien que hostigarle por ellas: no ser con él machacon, si queremos que no le disgusten las recomendaciones mas sábias; ni rencoroso, si pretendemos que no se haga hipócrita y callantron: no reprenderle jamás, sino con dulzura, si deseamos que tenga un carácter afable; y no atormentarle con pequeñeces, si aspiramos á que tenga elevacion de ideas.

He aquí los objetos mas culminantes del buen juicio, aceptados por el sentido comun, y que sirven de pauta ó regla de conducta al padre y la madre de familia para la direccion de las acciones de sus hijos, cuando dejan obrar á la razon fria en todo lo que dice relacion á su dicha.

M. P.

JULIA.

(Continuacion.)

IX.

A las once de aquella misma noche, cuatro hombres se hallaban reunidos alrededor de una mesa en el salon principal de un cafetin situado en la calle del Peso.

Varias botellas vacías, algunas copas medio llenas y los despojos de un pollo, campeaban sobre el manchado mantel.

Aquellos cuatro personajes, cuyos inflamados ojos empezaban á manifestar los primeros síntomas de la embriaguez, eran nuestros conocidos Eliseo Valcárcel, el *barba*, el *gracioso* y el *guardaropa* de la compañía.

—Conque, vamos á ver,—decía el segundo,—explícanos al fin el motivo de habernos pagado este opíparo banquete.

—Déjame cerrar la puerta, no sea el diablo que nos escuche alguno.

—¡Hola, bribon!...—repuso el gracioso despues de pa-

ladear un trago de manzanilla;—conque.... ¿hay novedades?

—¡Y de mayor calibre!

—¿Respecto al consabido asuntillo?—pregunto el guardaropa.

—¿A cuál? ¡porque este maldito tiene cada semana uno!

—¡Al asunto sério, señores!—respondió Valcárcel en tono solemne,—¡al que tiene relacion con *ella*, con mi rubia y hermosa millonaria! Pero, ¡no hay que bromearse!...

—¡Nada de broma! ¡Te escuchamos con la mayor atencion!

—¿Me juran ustedes, á fé de compañeros, que no saldrá de aquí lo que voy á referirles?

Los tres actores extendieron la mano sobre la copa, y exclamaron alternativamente:

—¡Lo juro!

—¡Pues oíd!...

—*Guerreros*,—interrumpió el *barba*,—*la sonora trompa*.

Ya nos llama á la lid; corramos luego....

—¡Si no te callas, dejo caer el telon, y se acabó la comedia!

—¡Tienes razon, Eliseo!... ¡Este badulaque, en tomando una copa, nos encaja en seguida la alocucion de Guzman el Bueno! Sigue, hijo mio.

—Una palabra antes que empieces, Eliseo. ¿Ha contestado?

—¡Pobre hombre! ¡Algo mas que eso! ¡He hablado con *ella*!

—¿Sí? Pues entonces, espérate un poco.... voy á tirar de la campanilla para que nos suban una botella de Champaña. Esa noticia merece una libacion mas decente.... ¿He dicho algo?

—¡Arriba con ella!

—¡Oh, generoso Lúculo!...

—Pido la palabra á propósito de ese personaje.

—¡Que venga el vino, y déjenme ustedes hablar, por María Santísima!

—Calma tu impaciencia, jóven amante, y respóndeme: ¿sabes tú lo que decía Lúculo á sus esclavos cuando sus comensales pedían una botella?

—¡Cuidado con estropear la verdad histórica! en las bodegas de aquel magnánimo gastrónomo, no entraron jamás estas miserables ampollas de vidrio: ¡eran ánforas etruscas!...

—Lo mismo tiene, ¡qué diablo! ¡No has de ser tan material! Pues bien: ¿sabes lo que les decía cuando aquellos señores demandaban un ánfora etrusca? Muchachos, una sola produce mal efecto: ¡traigan ustedes dos para que haya simetría!

—Pues, condenado, ¿tienes mas que pedir las?



—¡Dame esos cinco.... ¡No esperaba yo menos de tí!

Las dos botellas de Champaña subieron á renglon seguido, y quedaron vacías en cinco minutos.

Valcárcel volvió á echar el cerrojo á la puerta y á tomar asiento frente á sus compañeros.

—Ahora que tienes la voz mas clara,—le dijo el gracioso,—continúa, mi bravo marqués de los Velez. Decíamos que habías hablado con ella....

—¿Cuándo?

—¿En dónde?

—Esta misma tarde en el paseo del Alta.

—Ninguno de nosotros lo pone en duda; pero tú sabes que en el teatro se acostumbra *justificar* las salidas....

—¡Aquí está el testimonio!

Y Eliseo metió la mano en el bolsillo, sacó una carta y la extendió sobre el mantel. Sus tres compañeros se levantaron.

—Eliseo, ¿sabes que este billete huele á gloria?

—¡Es el perfume de la mano que lo ha escrito!

El gracioso leyó:

«Mañana á la tarde, entre cinco y seis, iré con mi doncella á pasear por el Alta.»

«J....»

—El billete no puede ser mas lacónico.

—¡Pero tampoco mas significativo!

—¿Y qué tal?

—¡Señores, es una muger deliciosa, un tesoro inapreciable, una verdadera heroína de comedia! O soy un zopenco, ó me parece que en sabiéndola conducir, la he de obligar á cometer cualquier locura.

—¿Y á qué llamas tú locura?

—A que se case conmigo.

—¿Estás en tu camisa, Eliseo?

—¡Y en el pleno uso de mis facultades!

—Continúa, jóven afortunado.

—Al verla hoy, le hablé de ilusiones perdidas, de esperanzas marchitas por el desengaño, de acerbos dolores, de cálices de amargura, de sendas de abrojos, de horizontes cubiertos de niebla, de lágrimas de hiel, de porvenir sombrío... ¿qué sé yo? Por último, ¡le dije que ella era la única tabla de salvacion en el naufragio de mi vida!...

—¿Y no se enfadó contigo por haberla comparado á un pedazo de leño?

—¡Oh, nó! ¡Había puesto el dedo en la llaga y tocado la fibra mas sensible de su corazón! ¡Si la hubieran ustedes visto entonces elevar al cielo sus hermosos ojos azules, velados por una lágrima suspendida de sus largas pestañas!...

—¡Cómolo! ¿Delante de su doncella?

—La doncella se habia quedado un poco atrás.

—Sigue.

—Y nosotros, bajo el follaje de los árboles, cuyas ho-

jas acariciaba con dulce murmullo la brisa vespertina, continuamos á paso lento hacia los Cuatro caminos. Así que hube agotado mi repertorio de palabras lóbregas y al-tisonantes, adopté el aire de un reo que espera su perdon ó su sentencia de muerte, y guardé silencio

—Y entonces, ¿qué te respondió?

—Entonces se abrieron sus rosados lábios como un capullo á los primeros besos del aura matinal....

—Si te es lo mismo,—interrumpió el *guardaropa*,—no nos inundes con tu raudal de poesía, y dinos en prosa lisa y llana el fin del cuento.

—Y me habló de séres nacidos con el sello de la fatalidad, de grandeza de alma, de barreras de preocupaciones, de injusticias sociales, de corazones disecados y de almas encadenadas en la estrecha cárcel del mundo: confieso á ustedes que me quedé tamañito al oír la apoyar sus elocuentes disparates con citas de Byron, de Voltaire, de Jorge Sand, de Victor Hugo y de Rousseau. Mi romántica rubia es un pozo de erudicion, y estoy seguro de que ha leído toda la novelaria francesa que ha entrado en España desde hace un siglo.

Me dijo tambien las emociones que la habian agitado cuando me vió por primera vez en la escena la noche que hicimos el *Sancho García*, y cuán grato era para su alma *el eterno perfume de los laureles de la gloria*. En fin, chicos, es una muger que no se parece á ninguna de cuantas he conocido.

—Pero, vamos á ver, ¿en qué se quedó por último?

—¿Te dió esperanzas?

—No se las pedí. Me prometió que volveríamos á vernos con frecuencia, y esto es lo principal. Lo demás queda á mi cuidado: yo sabré conducir el asunto por buen camino. El terreno es fértil como ninguno: todo consiste en cultivarlo con esmero y habilidad. ¡Como no fracase mi plan de campaña, el triunfo es mio! Despues, venga lo que viniere.

—¡Que no te vayas á meter en algun berenjenal del cual te saquen para llevarte á Ceuta!

—¡Confío en mi buena suertel!

—¿Qué edad tiene tu *futura*?

—¡Diez y seis años!... ¡Es casi una niña!

—Primera circunstancia agravante.

—¡No importa!

—Y el viejo, ¿tiene mucho trigo?

—Dicen que unos once ó doce millones.

—¡Sopla, niño!... ¡Pues apenas te darias tú lustre si te echaras á nado en ese rio de plata!

—¡Cuando les he dicho á ustedes que el negocio es muy sério!

—Pues, ¡ánimo!... Pero, escucha; si cuaja, prométeme una plaza de mayordomo.

—¡Eliseo, yo seré tu administrador general de bienes!



—Y yo el encargado de tu vestuario y el abastecedor de tu bodega.

—¿Y en cuántos meses me echarán ustedes á pedir limosna?

—¡Pues no está regateando el maldito como si ya lo tuviese entre las uñas!

—¡De menos nos hizo Dios!

—Chico, tienes una fé muy ardiente; ¿quieres rociarla con vino, á ver si se resfria un poco?

—Déjame antes averiguar el dinero que me queda. El Champaña cuesta muy caro, y.... veintisiete, veintiocho... ¡no alcanza para otra!

—Pues que sea manzanilla, ó Jerez, ó Nava, ¡lo mismo dá!

—Manzanilla.

—Es mas suave y mas estomacal.

—¡Vaya por la manzanilla! Pega un campanillazo y dí que suban una botella.

—¿La pido con arreglo al sistema Lúculo?...

—¡Vete al diablo!

—¡Mira, Elíseo, que la pobrecita vá á tener mucho miedo de subir sola!

—Pero, maldito, ¿crees que soy ya millonario?...

—Estás en vísperas de serlo.

—Y en semejantes casos se echa la casa por la ventana.

—Y que lo prometido es deuda.

—Conque, ¿vienen?

—¡Pues no han de venir!... ¿Con qué mil diablos habríamos de brindar á la salud de la rubia de ojos azules y á los doce *pellizcos* del papá suegro?

—¡Que las traigan!—exclamó Elíseo;—¡y así cogieran ustedes una mona que les durase hasta el mes que viene!

—¡Eres magnífico y grande, y estás cortado para ser un Cresol!

—¡Viva el pabellon Valcárcel!

—¡Muchacho!—gritó el *guardaropa* abriendo la puerta,—¡sube á quitar estos bártulos de en medio!

Un mozo del café penetró en el salon.

—¡Llévate estos inválidos al hospital y sirve la escena!—le dijo el *barba*.

—Escucha,—añadió el *guardaropa*,—¿conoces tú el sistema Lúculo?

—Nó, señor.

—¡Oh ignorancia!... ¿Y puede ser que ni siquiera tengas noticia de ese caballero?

—Nó, señor.

—¡Zoquetel!... ¿En qué has empleado los años de tu vida?

—En servir lo que me piden.

—Bien respondido.... ¡Ya veo que no eres tan estúpido como yo creía!

—Nó, señor.

—Dime, ¿tiene tu amo ánforas etruscas en su bodega?

El mozo del café abrió los ojos desmesuradamente.

—Espere usted, que voy á preguntárselo....

—¡Escucha, animal anfibio!... si no las tiene, súbenos dos botellas de manzanilla.

—¿Y si tiene las áncoras que usted dice?

—Entonces, amárrate una al cuello y tírate de cabeza á la bahía, ¡jumento!

Cuando las dos botellas pedidas tocaron á su fin, los cuatro amigos hablaban á la vez, sin entenderse unos á otros.

—¡Como ustedes cometan una imprudencia,—gritaba Elíseo Valcárcel,—y me dejen entre bastidores, soy capaz de batirme con el lucero del alba!

—Tranquilízate, hijo mio: tus confidencias quedarán sepultadas en nuestro pecho como en una tumba.

—¡No hay como la manzanilla para ahogar un secreto.... de estado!

—¡Toca ahí!... ¡A que el dios de los amores te libre de caer por escotillon en la escena final de tu drama romántico!

—¡A mi futura administracion!...

—¡Nada de alusiones, porque las paredes oyen! ¡Brindemos por el arte dramático!

—¡Y por los artistas!

—¡Y por la farsa!

—¡Y por los farsantes!

—Y por el festin que nos espera el dia de tu *debut*.... en el escenario mercantil.

—¡Prometido!

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de cómico!

—¡Aproxima tu copa, jóven intrépido!... la promesa merece un trago.... ¡Ni gota! ¡Estas malditas botellas tienen algun salidero!

—Un salidero en comunicacion directa con tu garganta.

—¿Pido la última, Elíseo?

—¡Pero, maldito, si estás ya borracho como una uva! ¡Tómal aquí hay todavía un resto....

—¡A tu salud!

—¡A la tuya!

Media hora despues, los cuatro actores iban haciendo eses por la calle de la Compañía.

(Se continuará.)

## SINÓNIMOS.

MUNDO, UNIVERSO.

La palabra *mundo* no encierra en su verdadera significacion mas que la idea de un solo cuerpo; la palabra



*universo* encierra la idea de muchos cuerpos. La primera se toma muchas veces en un sentido particular, como cuando se dice: el antiguo y el nuevo mundo; y en un sentido figurado, como en *este mundo*, el *otro mundo*, el *gran mundo*. La segunda se toma siempre en un sentido que nada exceptúa. He aquí por qué muchas veces es necesario unir la palabra *todo* con la de mundo, así como no lo es aplicar este epíteto á la de *universo*. Se dirá, por ejemplo, que el sol alumbra todo el mundo y el centro del universo.

#### LEAL, FRANCO.

La dificultad de hallar un sinónimo á la palabra *leal*, es una prueba inequívoca de su utilidad. Si nos faltase, sería preciso expresar la idea por medio de una frase; porque habiendo personas leales, ¿cómo expresar la cualidad propia de otra manera que por la palabra *lealtad*?

Se acostumbra á unir las palabras *franco* y *leal* para calificar al hombre que procede franca y lealmente. Hay relaciones particulares entre la franqueza y la lealtad, sin embargo de que la lealtad añade algo á la franqueza. La lealtad es una franqueza de costumbres y de modales, por la que el alma se muestra y despliega con cierta libertad que indican á la vez la pureza y la nobleza de sentimientos. El hombre franco es recto y claro: el hombre leal es franco con una especie de generosidad, con ese abandono de sí mismo, que no solamente no disimula nada, sino que no quiere que le disimulen en lo que puede servir para conocer y juzgar. El hombre leal revela su carácter por una especie de nobleza en las acciones y gracia en las maneras que le enaltece á los ojos de todos.

T. DE E.

#### UN ESCÉPTICO.

El escepticismo ó la incredulidad completa en todo, es mas que un defecto: es un vicio engendrado por el orgullo de la inteligencia humana.

Un escepticismo exagerado puede conducir al egoismo y á la desgracia.

Guardad cuanto podais las ilusiones virtuosas de vuestra juventud, porque si no dan la felicidad, contribuyen mucho á ella.

El tiempo y la experiencia vendrán siempre muy pronto á demolerlas; y entonces, cuando hayais llegado á ser lo que se llama una persona positiva, cuando vuestro corazón esté marchitado por realidades que nada tienen de poéticas ni de sentimentales, ¿qué os quedará? El mas frío egoismo y una misantropía mas ó menos asoladora para vos é insoportable para los demás.

El escéptico no cree en la virtud, ni en el amor, ni en

los dulces sentimientos de la amistad; no cree en los demás, ni en él, ¡ni aun en Dios! Su corazón está cerrado para los afectos, y en medio de la sociedad, como en el seno de su familia, pasa su vida en la desconfianza y la tristeza; para él, es el mundo un desierto lleno de espinas y abrojos, sin flores ni verdura, donde todas las cosas llevan el temor á su corazón helado. Duda del afecto de su esposa; duda de la fidelidad de sus criados, de la sinceridad de sus amigos, de la lealtad de las personas con quienes negocia, de la justicia de su país: ó mejor, en nada de esto cree.

No quiere á nadie, y todos le parecen falsos, hipócritas y dispuestos á engañarle. Su conducta es una consecuencia de esta manera de pensar, y acaba por ser en su casa un tirano, tanto mas insoportable, cuanto que su desconfianza se pone siempre en oposicion á todo cuanto se quiere hacer para agradarle.

Conocí mucho en mi juventud al coronel B.... bravo militar, que por haber sido herido en el sitio de Morella, cuando la guerra civil, tuvo que tomar su retiro á los cuarenta años de edad, y se fué á vivir á Málaga. Era un hombre lleno de honradez y probidad, muy instruido; pero una vana filosofía, acompañada de algunos desengaños algo bruscos, le habia lanzado á un completo escepticismo. Unicamente por desenfadarse tuvo el capricho de casarse, y por su desgracia, eligió una linda jóven demasiado dulce, demasiado virtuosa y demasiado amante; porque si se hubiese casado con una virago determinada, capaz de tener una voluntad firme y de hacer frente á su pretendida filosofía, ciertamente que le hubiera convenido mucho mas.

Durante los cuatro primeros meses, el matrimonio estuvo bien; pero un dia que su excelente esposa lo abrazaba afectuosamente, se le metió en la cabeza que una muger bonita de diez y nueve años no podia querer á un soldado viejo que contaba cuarenta y dos, y desde aquel momento ya no creyó en el sincero afecto de Carlota. Con esta idea llegó á ser naturalmente brusco, celoso, tiránico, desconfiado, injusto y brutal.

La jóven esposa, que amaba con sinceridad á su marido, sintió profundamente este súbito cambio; pero su dulzura y timidez, que él tomaba por hipocresía, no la permitieron pedirle explicacion alguna, y por espacio de mucho tiempo derramó lágrimas ocultamente, porque sabia que mostrándoselas le hubieran parecido una artimaña. En fin, Carlota no pudo resistir la pesadumbre que abatía su alma y minaba su reorganizacion; cayó enferma, y una mañana fué su doncella á decir al coronel que la señora no podia levantarse.

—«¡Ah!... ¡yá!... respondió; he aquí el primer acto de una comedia que ahora comienza.» Volvió la espalda, proponiéndose no mostrar ninguna debilidad y pasar ocho dias sin ir á la habitacion de Carlota, como lo hizo. Poco



despues volvió la doncella, y le participó que la señora estaba muy mal.

—«¡Vaya! dijo para sí, se cree que la accion dramática vá muy lenta, y se apresuran á preparar el desenlace.» Tampoco fué á ver á su muger.

La doncella creyó deber decidir por sí el buscar médico, y dió con uno muy experimentado, que reconoció en seguida que la enfermedad de la pobre jóven era una destructora pasion de ánimo; y le ordenó el aire del campo, á fin de operar una distraccion, en la cual no confiaba sin embargo.

—«¡Muy bien!... que vaya al campo, se dijo á sí mismo el coronel: se quiere terminar la novela como una pastoril de Gesner, y probablemente la espera algun Celadon.» Dió su asentimiento, pero rehusó ver á una muger que, en juicio de él, representaba una indigna comedia. Carlota fué trasladada á una habitacion, que el médico tuvo la bondad de tomar en arrendamiento por ella en una casa de campo.

Quince dias despues, el coronel recibió en su casa al médico.

—«Caballero, le dijo severamente el doctor, le esperan á usted para que asista al duelo de su esposa (q. e. p. d.).

—¿Cómo! ¿mi esposa?...

—Ha muerto.

—¿Que ha muerto dice usted!!! *Pero ¿estaba realmente enferma? (Histórico.)*

—¿Ha muerto!... y usted es quien la ha asesinado.

—¿Dios mio! ¿qué me dice usted?

—La verdad.

—¿Luego era cierto que me amaba?

—Tal ha sido la única debilidad que ha manifestado hasta exhalar su último aliento.

—¿Pero esto es para saltarse la tapa de los sesos!

—¿Ni aun ese medio le queda á usted para librarse del desprecio público!»

¡El miserable escéptico amaba á su muger!!!

T.

### EL HIJO DEL CRIMINAL.

Llamábase Claudio Lopez: en la escuela veia con pena que sus condiscípulos huian de él como si tuviera la peste, y si se acercaba á ellos óiales murmurar las palabras *presidiario*, etc.—«Vete á Ceuta con tu padre,» solian decirle algunas veces. Y el pobre Claudio, desanimado y triste, se retiraba á un rincón huyendo de las gentes.

Cierto dia en que Claudio lloraba solo en el patio de la escuela á tiempo que el cura de la parroquia llegaba á enseñar la doctrina á los niños, acercóse á aquel el buen sacerdote, y, conociendo la causa de su afliccion, le dijo dulcemente:

—¿Quieres, niño, que te indique el medio de no verte así despreciado por tus compañeros?

—¡Oh! sí, señor cura, mucho lo deseo, porque soy muy desdichado, y en verdad que no es por culpa mia.

—Pues bien, hijo mio, óyeme: cuando tus compañeros se burlen de tí, no te incomodes, súfrelo con paciencia; y en vez de huir de ellos, acércate y diles cuán injusto es castigar en tí la culpa de otro, y cuán poco generoso maltratarte por lo que constituye tu desgracia mayor. Sé, por lo demás, bueno, amable y servicial, que así, ó mucho me engaño, ó conseguirás al fin ser admitido y aun querido por tus compañeros.

Claudio siguió literalmente el consejo del cura. Un dia en que los otros niños le dirigian en son de desprecio aquellas palabras injuriosas que tantas lágrimas le habian costado, en vez de enfadarse y huir, llegóse á ellos y les dijo sencillamente:

—¿Es culpa mia que mi padre haya sido malo? ¿No soy por esto mas digno de vuestra compasion que de vuestros insultos? Pues qué, ¿no sabeis que mi pobre madre, que era una santa muger, murió de pena al saber la condena de mi padre, dejándome solo en el mundo? Anad, que vuestra conducta conmigo es bien injusta; pero no por eso os quiero mal, aunque sea poco generoso el agraviarme como lo haceis, cuando si me acogiéseis como amigo, seria yo para vosotros un buen compañero, que no os pide ni os pedirá sino vuestro cariño.

—¿Tiene razon! exclamó dando un salto al cuello de Claudio el mas generoso y decidido de la banda.... Desde hoy, amigo Claudio, ya no volveremos á hablar mas de tu padre, y tú serás nuestro amigo, ¿no es verdad, compañeros?

Estos, entusiasmados por la generosa accion del que les apostrofaba, abrazaron á Claudio, ofreciéndole su amistad.

Claudio llegó á ser el mas querido entre todos sus compañeros, como era por su laboriosidad y buenas disposiciones el predilecto del maestro. Pero con todo, cuando despues de su primera comunión, y terminada la enseñanza primaria, quiso colocarse, no halló fácilmente dónde hacerlo para ganar su subsistencia.

Despues de haber sufrido tres ó cuatro desaires, y cuando comenzaba ya á desanimarse, se acordó del consejo del cura: dirigiéndose, pues, á un maestro cerragero que últimamente se negaba á admitirlo, le dijo:

—Bien sé por qué no me quereis de aprendiz. ¡Soy hijo de un ladron! Pues bien: á pesar de esto, os ruego que me admitais en vuestra casa, y si os doy el mas leve motivo de disgusto, arrojadme ignominiosamente de ella; mas si por el contrario, acierto á complaceros y estais contento de mí, como lo ha estado durante cuatro años mi maestro de escuela, no me rechaceis; porque ¿qué será de mí, que deseo tan ardientemente ser hon-



rado, si los hombres de bien me cierran sus puertas?

Esta noble réplica conmovió al corragero, que le admitió por término de seis meses, al cabo de los que hubiera despedido mejor al mas hábil de sus oficiales, que separarse de aquel jóven aprendiz, tan inteligente, tan honrado, tan sumiso y tan querido de todos. Olvidóse de quién era hijo, no considerando en él mas que sus excelentes cualidades personales; así que nadie le llamaba ya el *hijo del ladron*, sino el honrado aprendiz. No sabiendo su maestro cómo recompensarle, y deseoso de no separarse de él, le hizo oficial y le interesó en sus negocios, dándole al fin la mano de su hija María, que prendada de la persona y buenas dotes del oficial, y conociendo que él tambien la amaba en silencio, declaró terminantemente á sus padres que preferia mil veces á aquel hombre tan bueno, aunque hijo de un presidiario, á cualquiera otro que, hijo de gentes honradas, fuese un mal hombre.

Casado Claudio Lopez con María, llegó á ser, á fuerza de laboriosidad y crédito, el hombre mas considerado y rico de su pais, heredando sus riquezas y virtudes siete hijos con que Dios bendijo aquella feliz union.

C. A. DE L.

### EL OBELISCO

DE LA PLAZA DE SAN PEDRO EN ROMA.

Uno de los monumentos mas notables de Roma, es el obelisco egipcio colocado en la plaza de San Pedro. Este suntuoso monolito, que recuerda las hazañas de Sesostris, era ya una venerable antigüedad cuando uno de los primeros emperadores lo hizo trasladar á Roma. Decoró mucho tiempo la ciudad de los Césares; pero durante la edad media, estuvo sepultado en los escombros del circo de Neron, de donde lo sacó el Papa Sixto V, que mandó colocarlo delante de la basílica de San Pedro, poniendo así este precioso monumento de los primeros tiempos junto á la maravilla del arte moderno.

No era obra fácil el levantar una mole tan enorme, que pesa cerca de un millon de libras romanas, y conducirla al sitio que se le habia destinado. El Papa confió esta operacion á uno de los mas célebres arquitectos de la época, á Dominico Fontana. Este, ayudado de novecientos trabajadores, consiguió, con gran trabajo, arrastrar el obelisco hasta la plaza de San Pedro. Pero quedaba todavía lo mas difícil por hacer: faltaba levantar el monumento sobre su base. El mismo Papa designó el dia de la ereccion, el 10 de setiembre, algunos dias antes de la fiesta de la Exaltacion de la Cruz, á la cual debia ser dedicado el obelisco.

Antes de entrar en el recinto que les estaba reservado, todos los trabajadores oyeron misa en San Pedro y tomaron la comunión. En seguida fueron con el mayor

orden á ocupar el lugar que se les habia designado. Pero importaba que tambien el pueblo, que acudia en tropel á este espectáculo, fuese sometido á la mas severa disciplina. En efecto; ¿cuáles no habieran sido las consecuencias del menor desorden en medio de semejante trabajo? Iba en ello, no solamente el éxito de la empresa, sino la vida de obreros y espectadores. Se hizo publicar á son de trompeta, que cualquiera que profiriera un grito ó causase el menor desorden, seria castigado inmediatamente con la pena de muerte. Y no fué esto una vana amenaza; el suplicio estaba levantado en el ángulo de la plaza de San Pedro, y todos conocian la inflexible severidad del Pontífice. Quedó bien arreglado entre Fontana y sus trabajadores que el sonido de la trompeta marcaria los movimientos, y el de los timbales el descanso. Solo la voz del arquitecto debia hacerse oír para mandar ó rectificar las maniobras. Cuando todo estuvo preparado á la hora señalada, el Papa llegó, seguido de todos los cardenales, de gran gala, y se sentó en el estrado que se le habia dispuesto. Despues de la bendicion del Pontífice, la trompeta dió la señal; enormes cables fueron puestos en movimiento por todos aquellos brazos, que obedecian, como los de un solo hombre, á la voz que los guiaba. Sixto V seguia con la vista todos los gestos de Fontana; animaba á los trabajadores, no por medio de palabras, pues estaba sometido el primero á la ley que habia dado, sino con movimientos de cabeza y miradas, en las cuales brillaba la mas viva alegría. Entretanto el arquitecto llegó á mandar la última maniobra. Ya se veia la inmensa mole de granito balancearse en el aire como buscando el asiento que aun le faltaba. De repente, y de en medio de la multitud, una retumbante voz exclama: ¡Agua á las cuerdas!!! Y luego que hubo pronunciado estas palabras, corre á entregarse á los guardias que estaban colocados cerca del cadalso. Mientras que el pueblo está conmovido y Sixto V dirige una mirada severa al grupo de donde habia salido la voz, Fontana mira las cuerdas con atencion, observa que su dilatacion habia sido mayor que la calculada por él, y manda mojarlas; apenas las toca el agua y las penetra, se contraen naturalmente levantando el enorme peso que sostenian. Entonces la operacion terminó sin dificultad, y el obelisco se asentó inmóvil sobre su base.

En vista de esto, los aplausos, los gritos de entusiasmo resonaron por todas partes: el Papa, cuya alegría no es menor que la de la multitud, tiende los brazos á Fontana. El arquitecto corre en busca del hombre que habia gritado tan oportunamente *¡agua á las cuerdas!* y que por dar un aviso tan interesante habia expuesto su propia vida. Era un capitán genovés, llamado Bresca. «¡Gracias! dijo conduciéndole á los piés del Padre-Santo; sin él, sin su feliz desobediencia, todos nuestros esfuerzos quizá hubiesen sido impotentes.—No se trata de gracia, exclamó Sixto V, se trata de recompensa: que diga lo que desea.»



# LA EDUCANDA

HUERTAS, 28. P<sup>RA</sup>L. MADRID.

NOVIEMBRE 1861.



M

4.

6.

7.

9.

8.

10.

11.

13.

12.

14.

15.

16.

22.

18.

17.

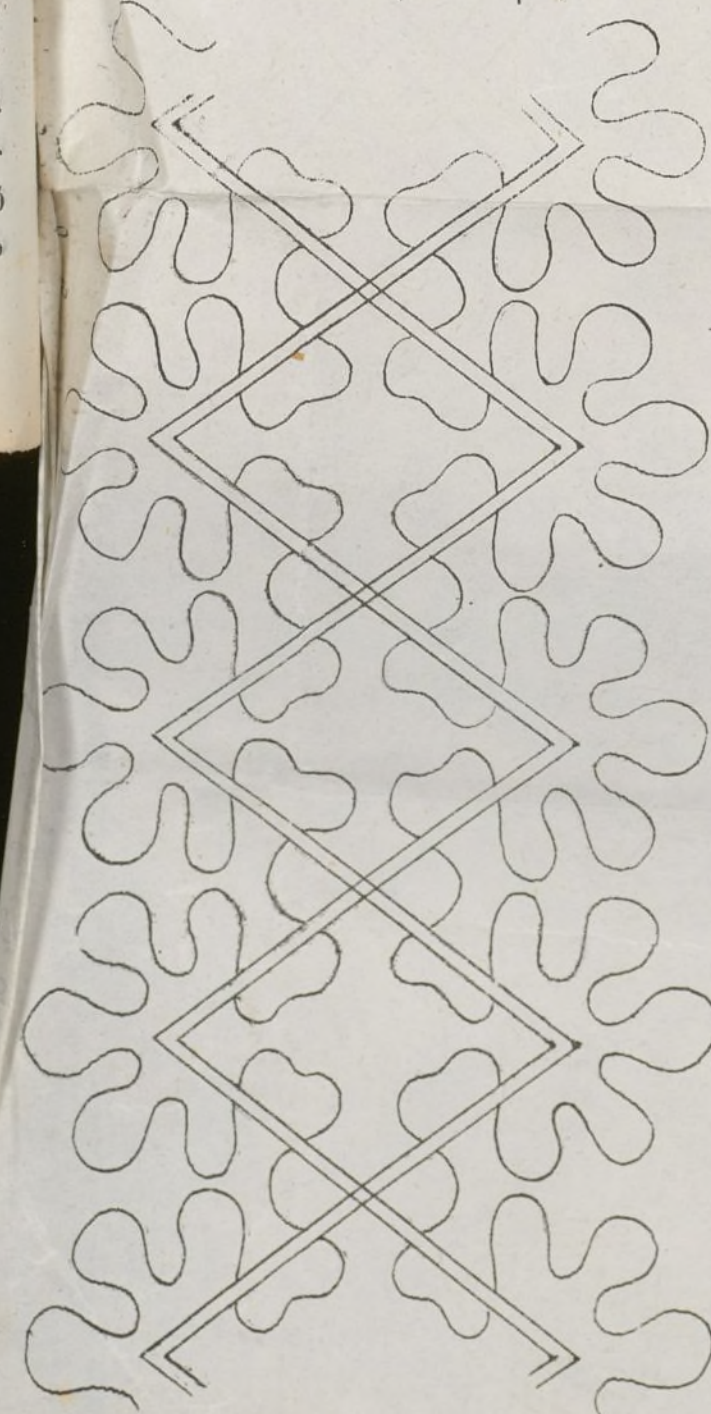
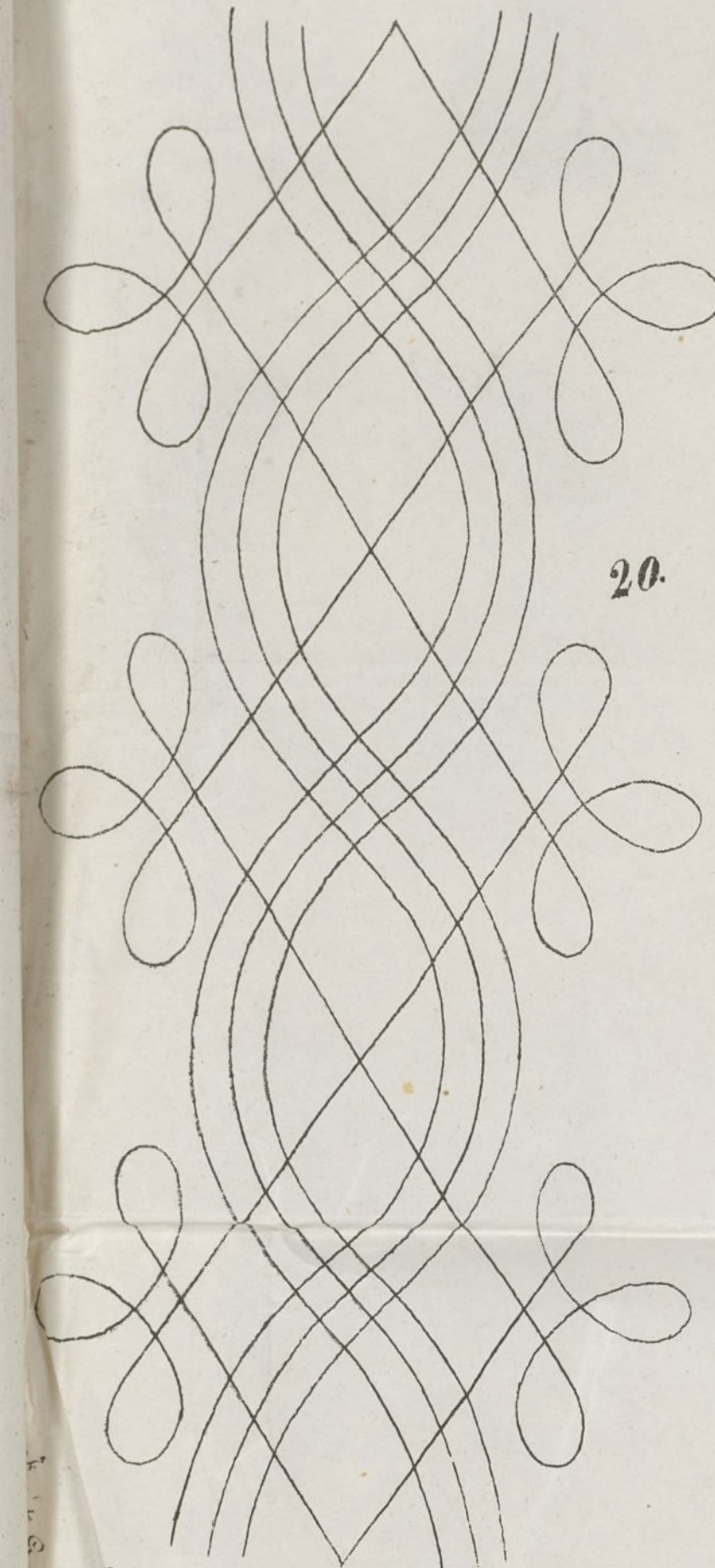
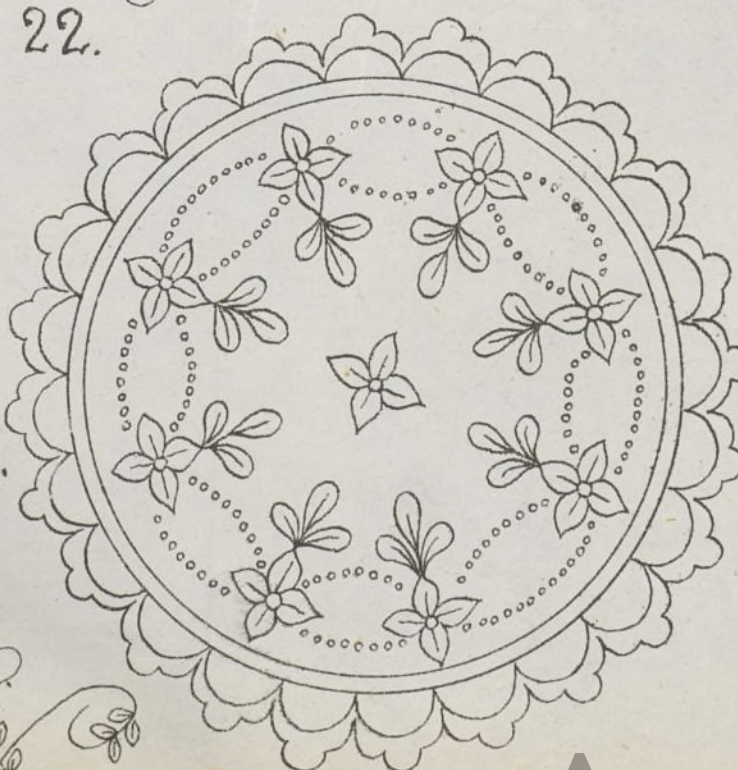
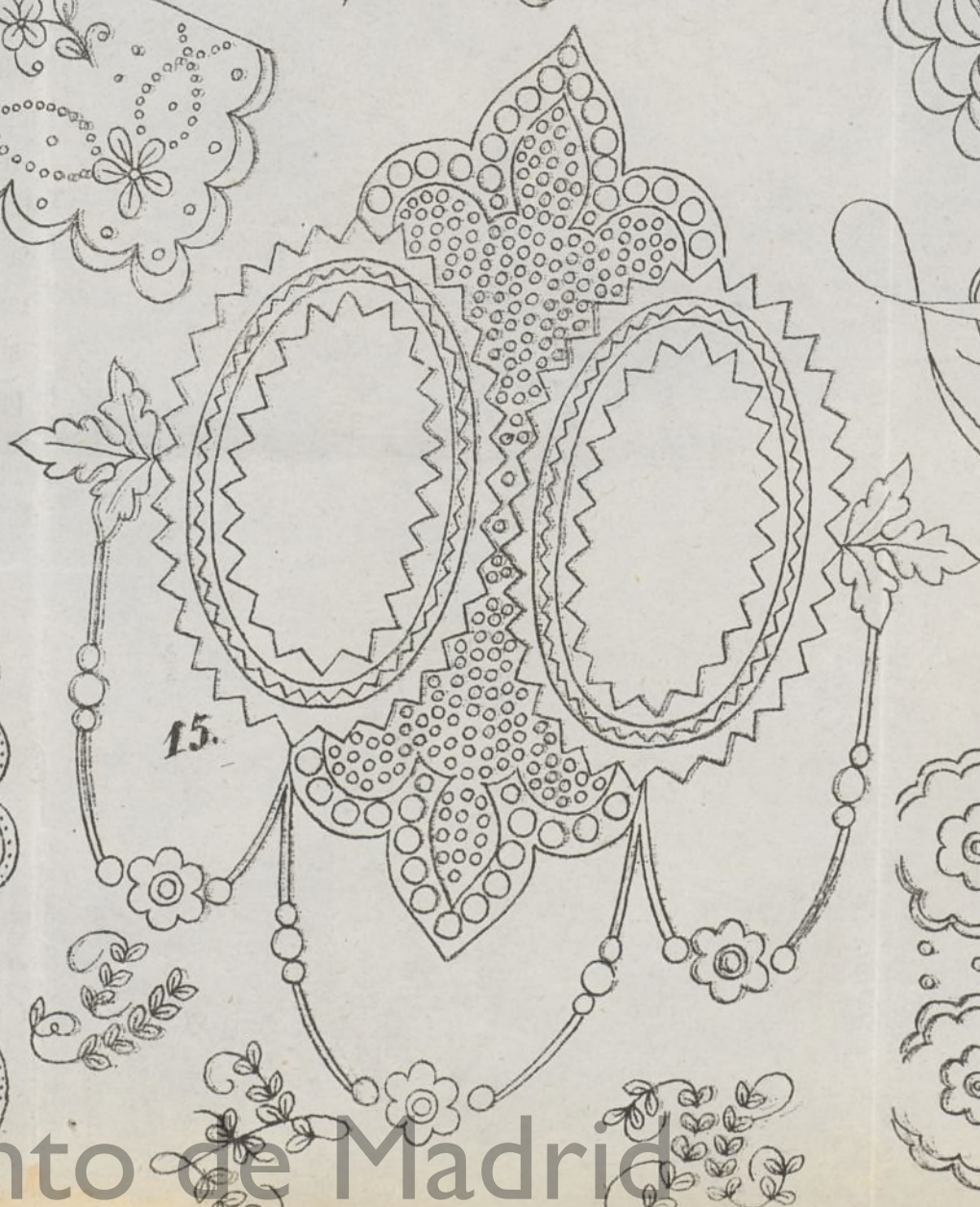
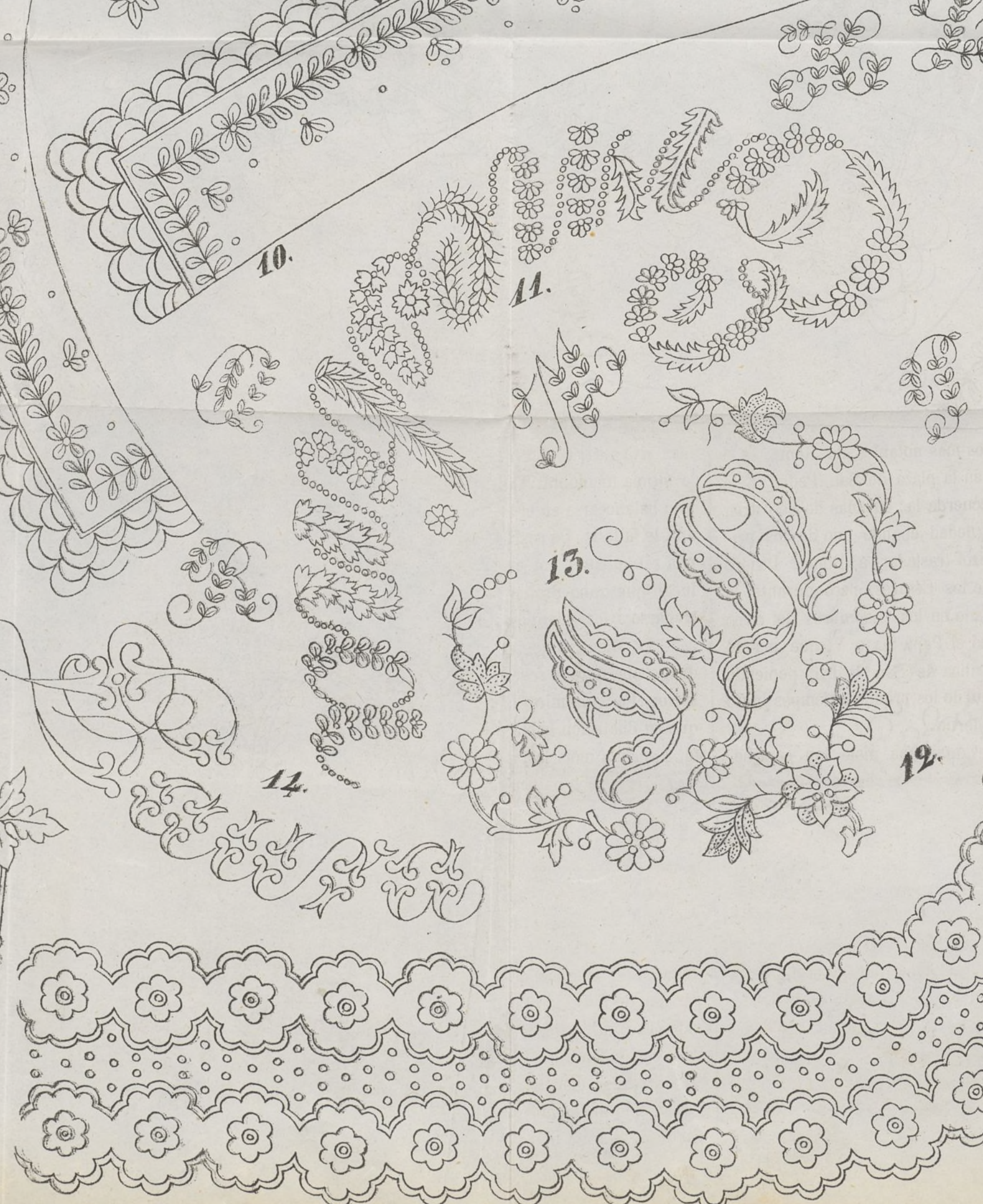
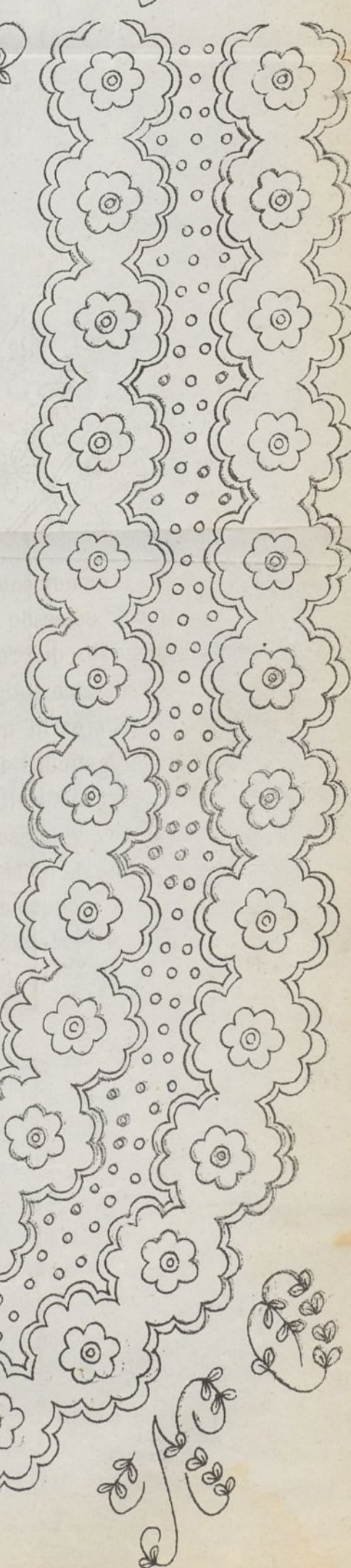
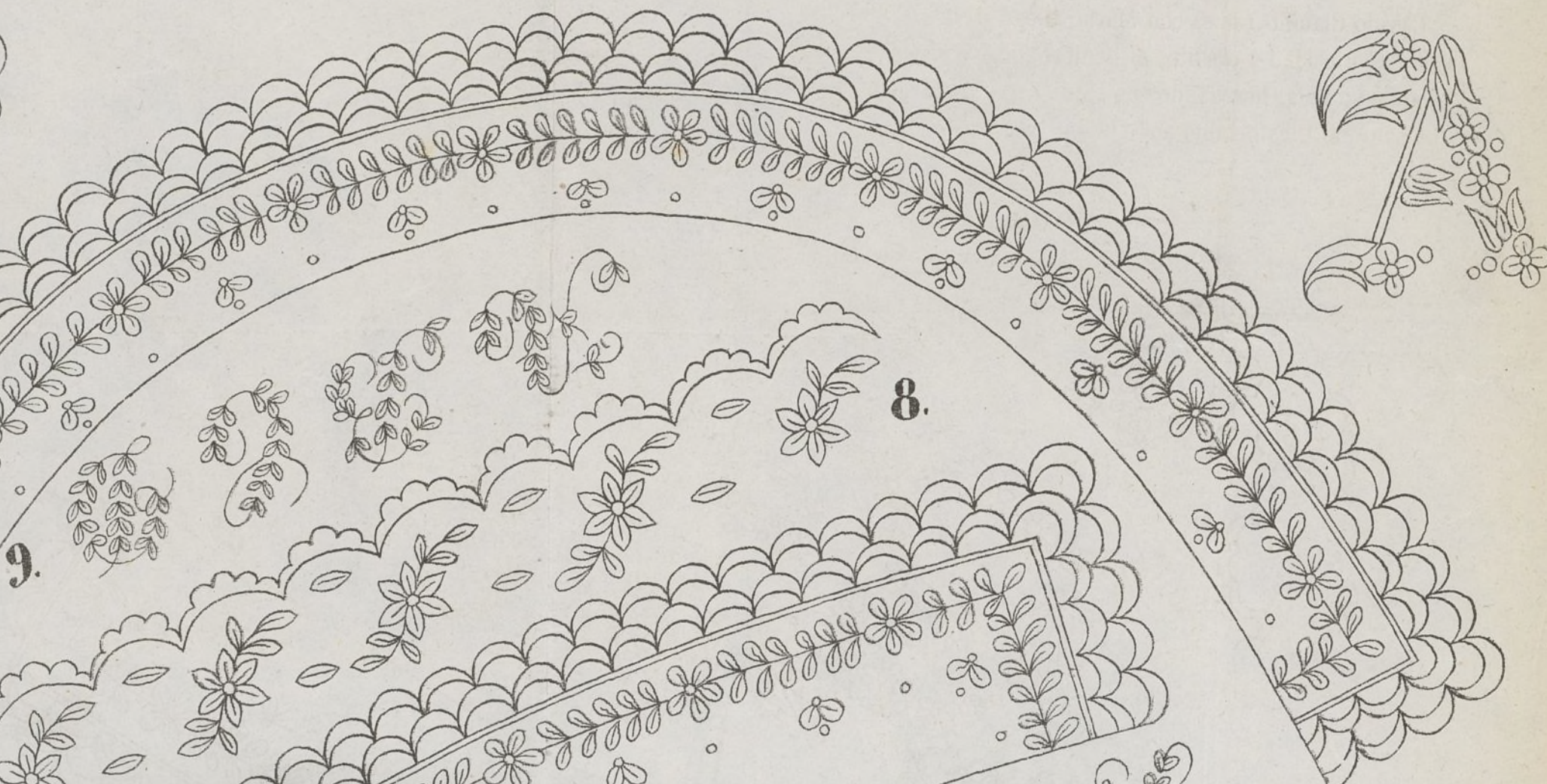
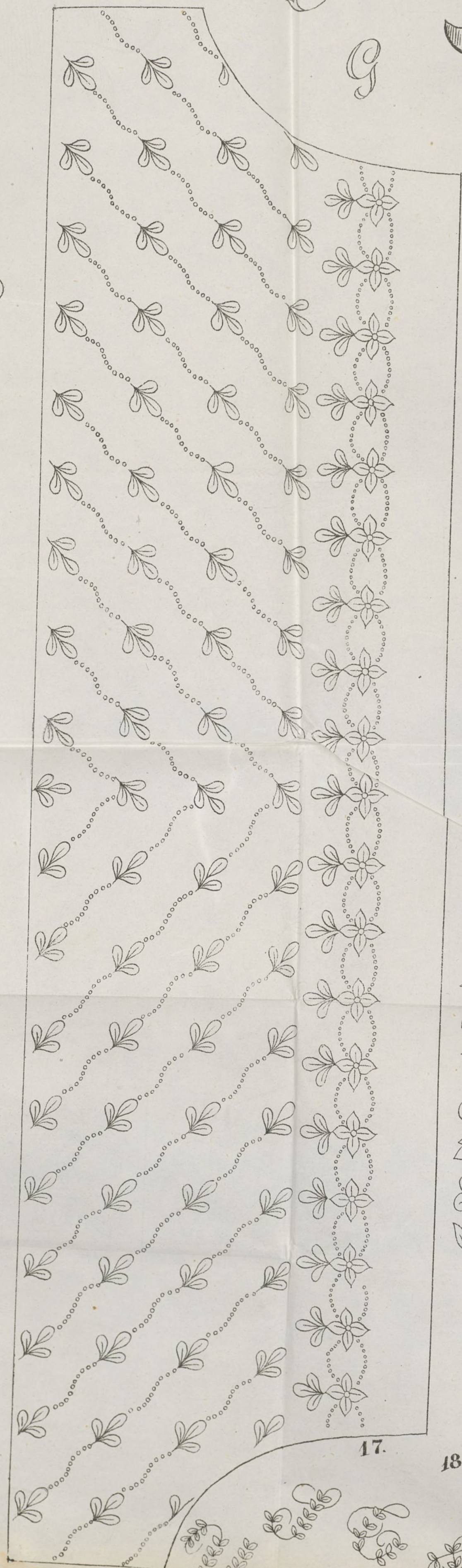
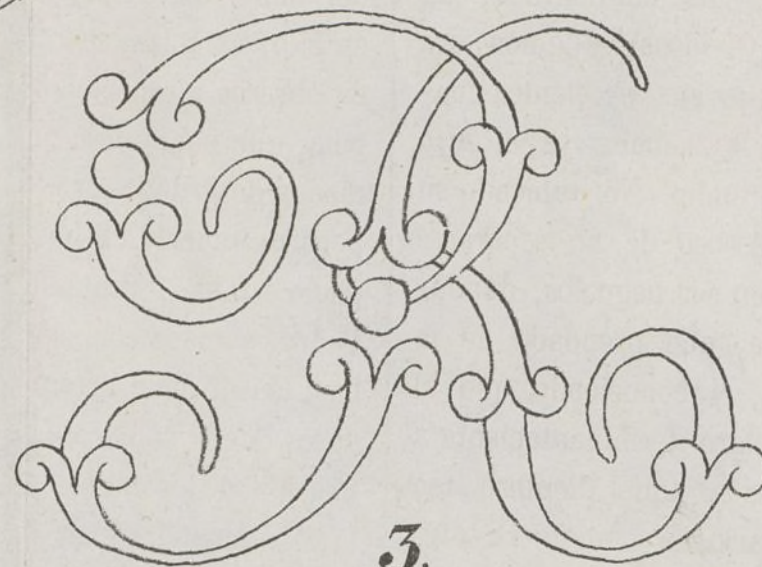
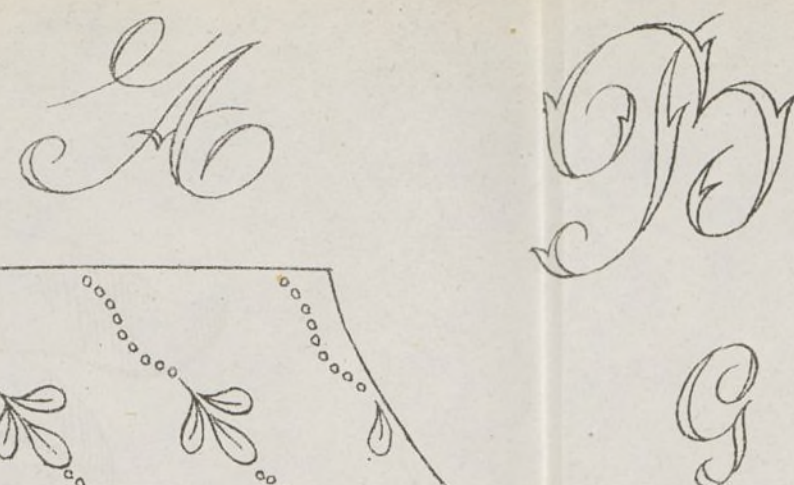
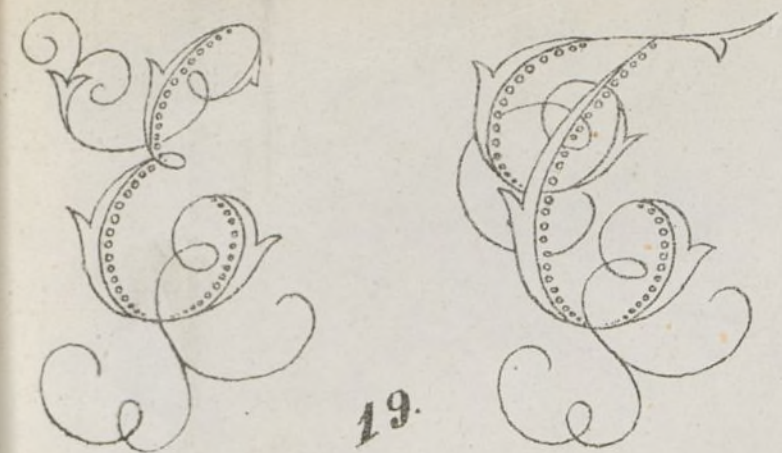
20.

21.

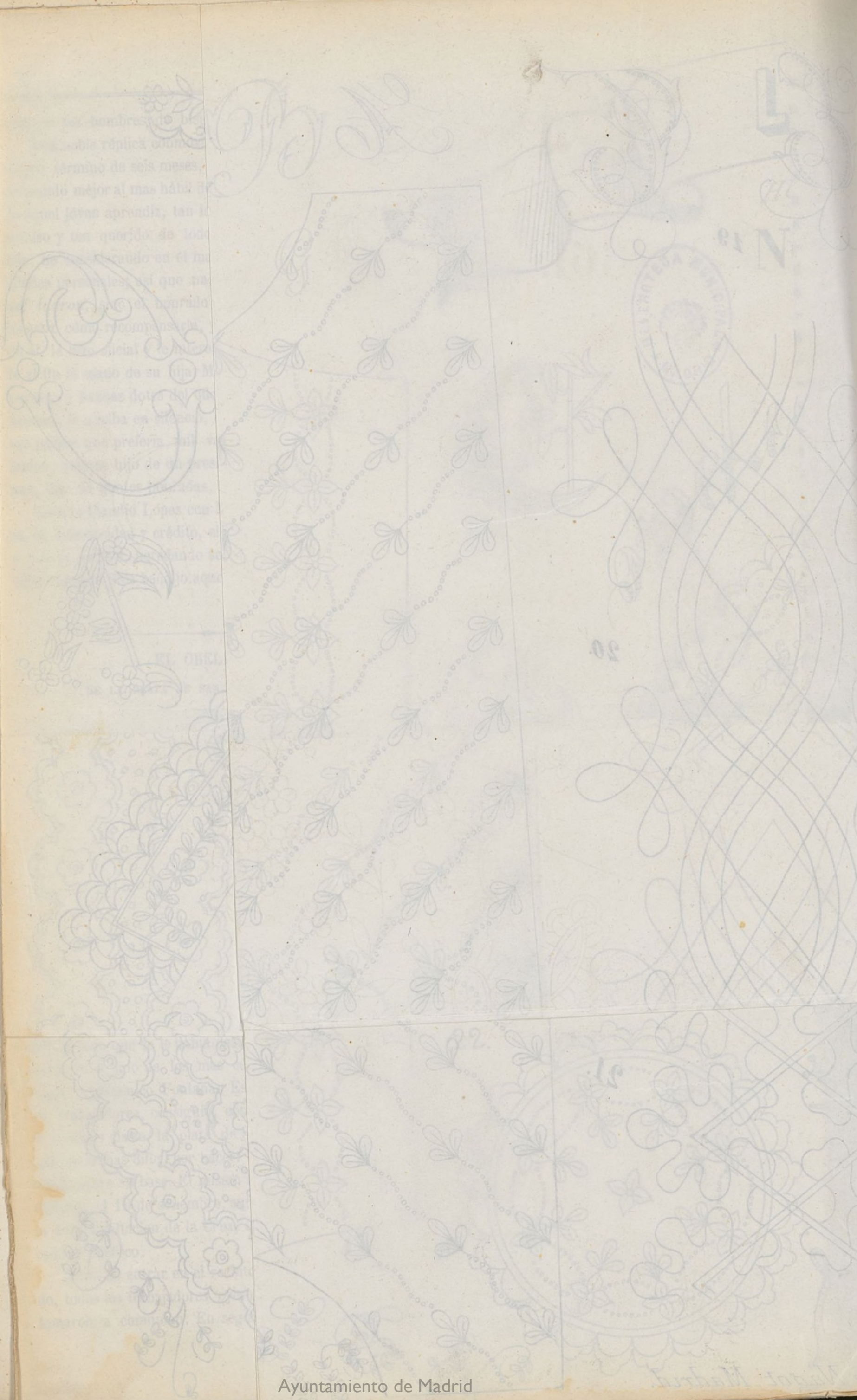
2.

3.

1.





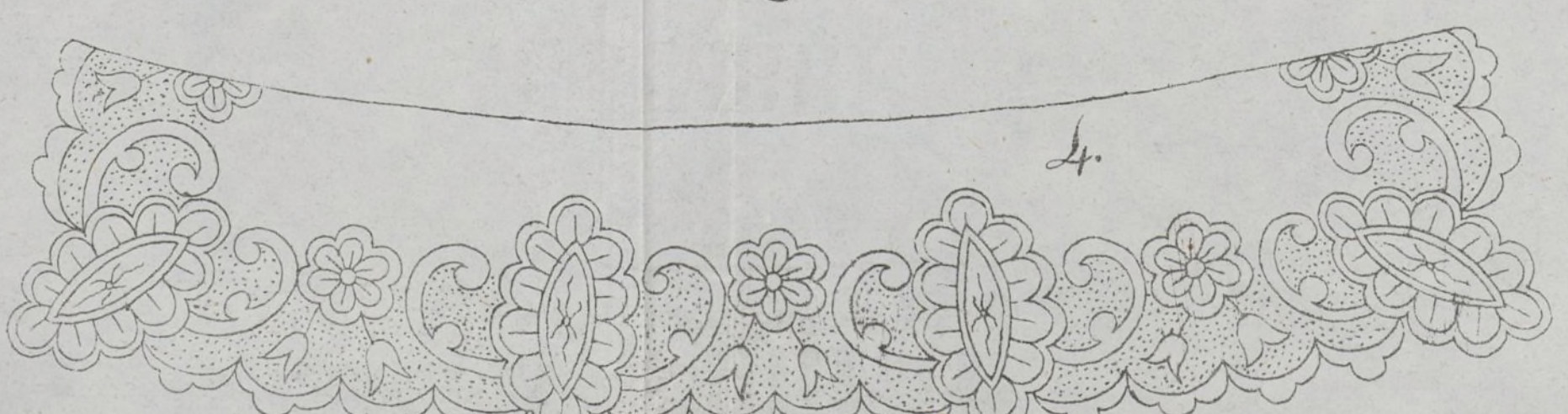
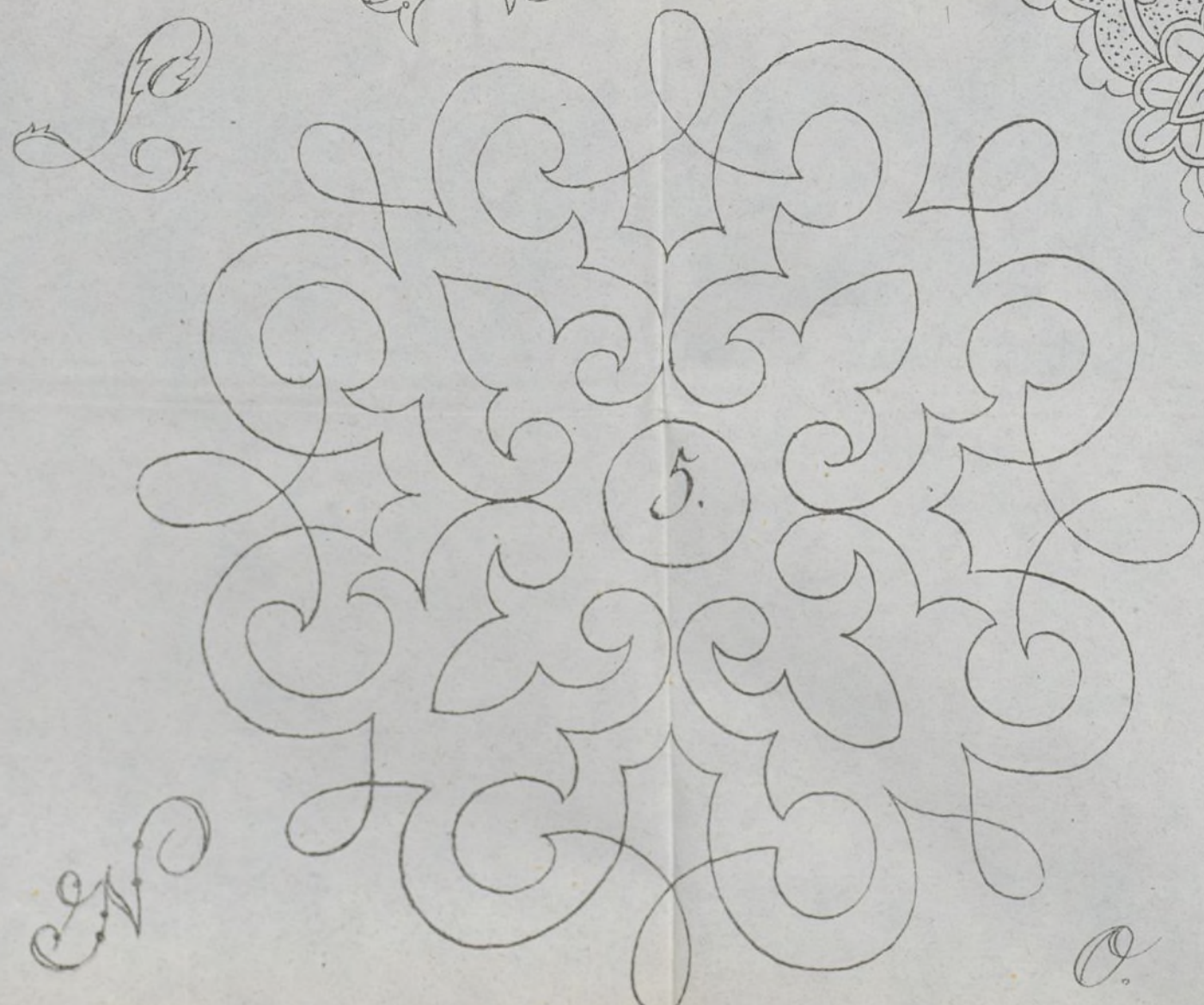
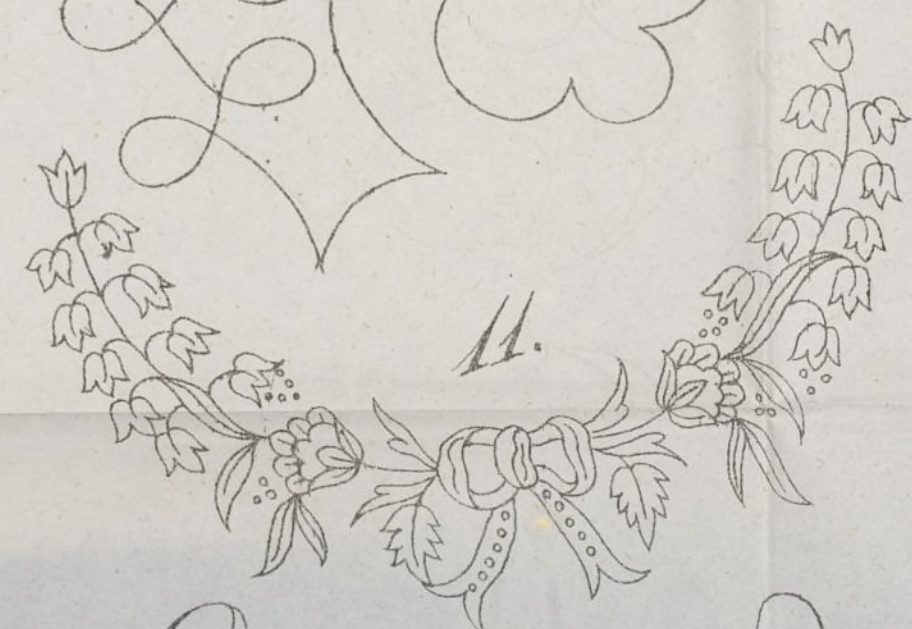




# LA EDUCANDA

HUERTAS, 28, PRAL. MADRID.

DICIEMBRE 1861.

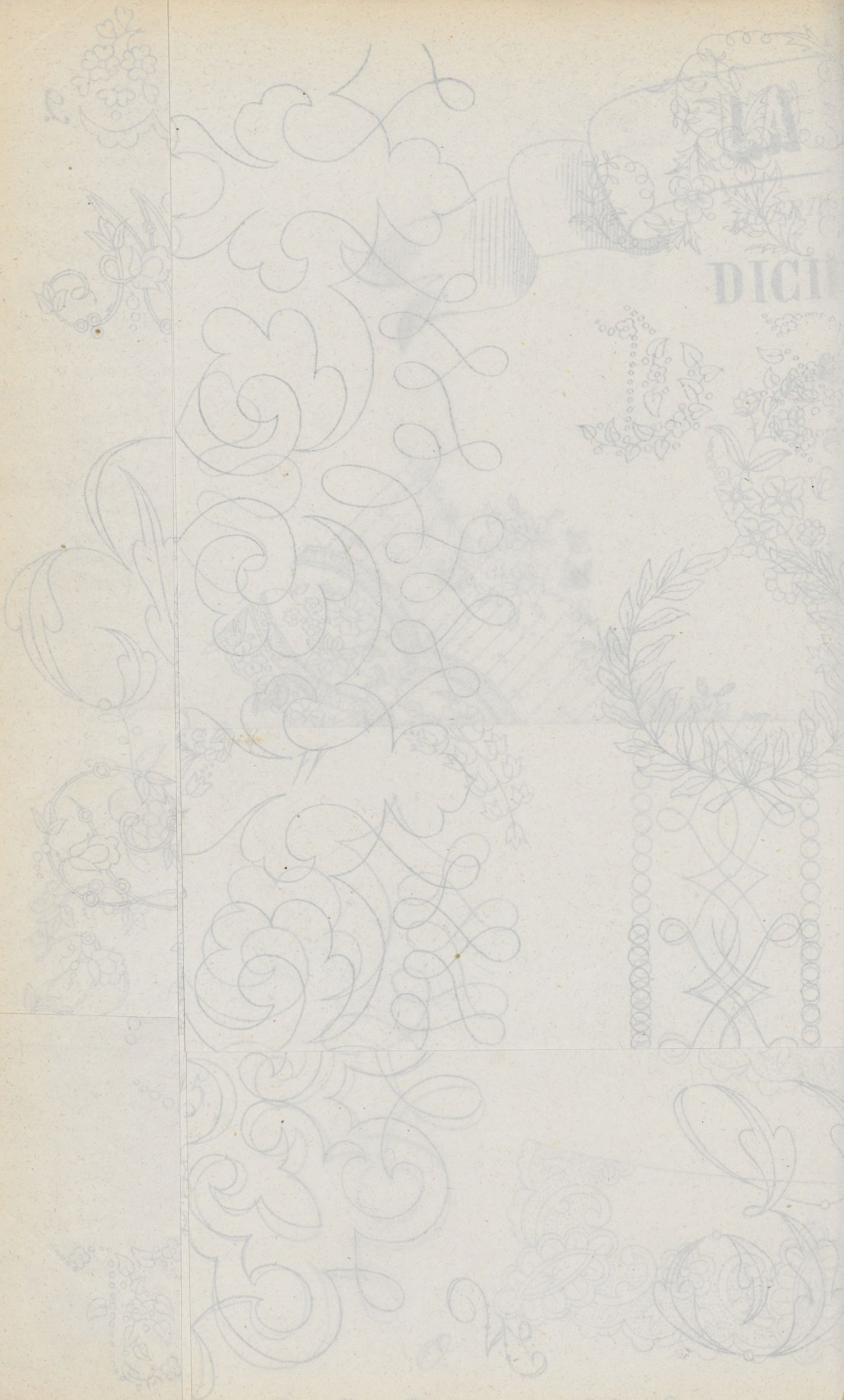


Lit. de Nagot, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Dibujos Garcia, Escribiente y dibujante autógrafo. c. de Toledo. n.º 14. c.º 3.º de A.



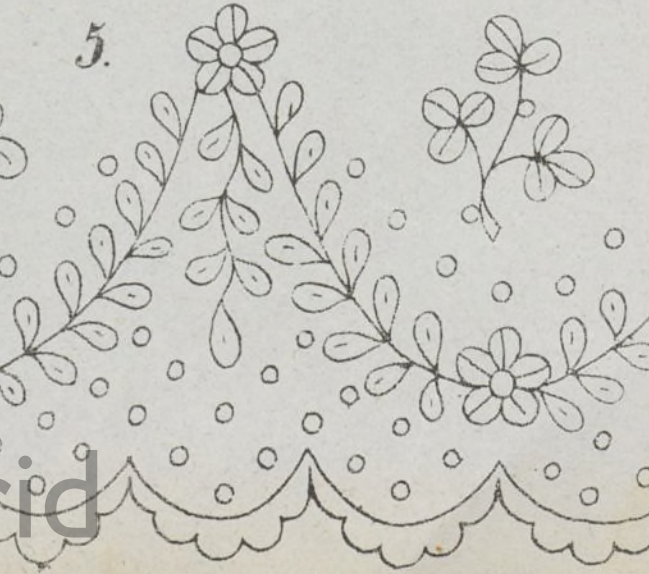
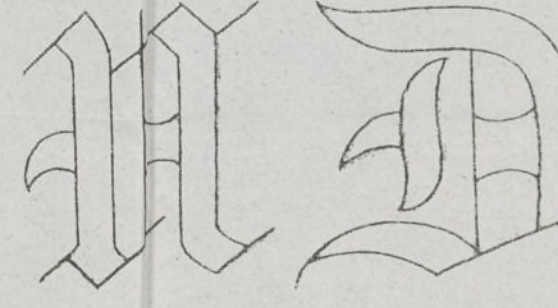
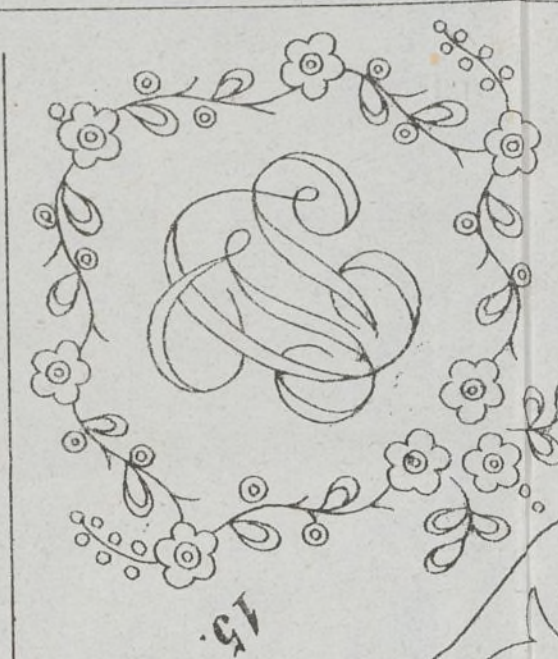
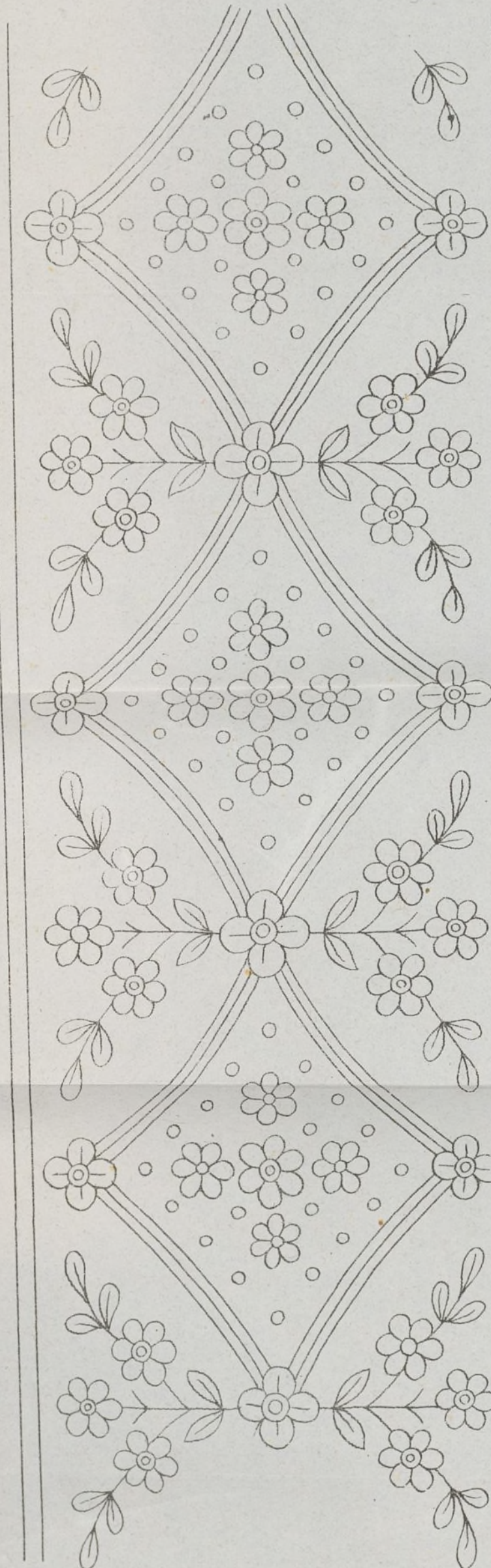




# LA EDUCANDA

Huertas 28 pral Madrid.

Mes de Octubre 1861.



## ESPLICACION.

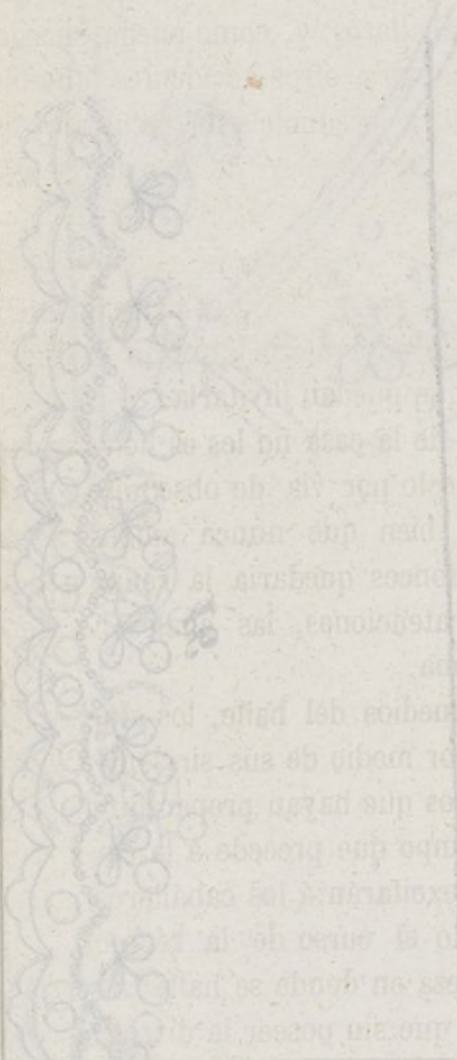
1. Cuello y puño a feston y punto de cruz.
2. Puño de pañuelo a plumetis y punto de armas.
3. Cuello y puño a plumetis.
4. Puño y aña a plumetis.
5. Guarnición a punto inglés y plumetis.
6. Cuello para falda a plumetis y feston.
7. Aña, letras, gotas a plumetis florados.
8. Moños a plumetis y punto de armas.
9. Cuello, feston y aña enlazadas a plumetis.
10. Cuello para falda a plumetis.
11. Botillo sobrepuesto a punto de cruz.
12. Solapa que cubre la boca del bolsillo al ss.
13. Cuello y añas a plumetis y punto de armas.
14. Guarnición para pantalón de niño a punto de posta.
15. Cuello, feston y letras a plumetis.
16. Pequeña guarnición al minuto.
17. Pequeña guarnición a plumetis y al minuto.
18. Cuello para gorta a plumetis cortado.



# LA EDUCATIVA

Hojas 28 y 29

Mes de Octubre 1861



El Ayuntamiento de Madrid, en virtud de lo dispuesto en el Real Decreto de 15 de Mayo de 1861, publica en esta Hoja el resultado de la adjudicación de los trabajos de construcción de la obra de reparación de la fachada de la casa número 12 de la calle de San Mateo, a favor de D. Juan de Dios, por el precio de 1.200 pesetas.



Bresca pidió para él y sus descendientes el privilegio de vender al palacio Apostólico las palmas necesarias en la solemnidad del domingo de Ramos. El Padre-Santo le otorgó este favor y muchas prerogativas honoríficas. Se consideraba feliz derramando beneficios sobre todos aquellos que habían tomado parte en aquel gran trabajo. No se cansaba de contemplar el obelisco levantado á la sombra de la casa de San Pedro. Hizo poner en lo alto una cruz, donde estaban encerradas algunas partículas de la madera sagrada con que se salvó el mundo sobre el Calvario, con lo cual quiso atestiguar que toda la herencia de los Césares pertenecía á Roma cristiana, y que los mismos monumentos paganos debían servir para la glorificación de la cruz.

F.

### EL ALGODON EN AMÉRICA.

La palabra *algodon* se deriva del sustantivo árabe *Kotu* ó *Kotun*, nombre que los africanos dan á la planta que nos ocupa.

No hay mas que cinco ó seis especies de algodon propio para manufacturas, especies que varían mucho segun el clima y el cultivo. Una variedad, llamada algodon de Siam, porque fué importada de este reino, ha sido aclimatada en las Antillas, donde rinde hoy dia los mejores y mas bellos productos. No es el algodon de Siam el que entre jamás en concurrencia con las demás especies en el mercado, porque se paga mas caro que la lana y la seda, cambiándose á peso igual de oro sin mezcla ó aleacion.

El algodonero silvestre, llamado por Lineo *religiosum*, es originario de la India y de Surinam, donde se emplea para fabricar una especie de lujoso terciopelo.

El uso del algodon para vestir es muy antiguo. Herodoto cita el algodonero en el número de las plantas indias, y Plinio dice que los sacerdotes egipcios gustaban vestirse con telas de algodon. Los trajes de los babilonios consistían en túnicas de algodon, y los atenienses los usaban igualmente.

Los estados del Sud de América empezaron á cultivar el algodon en 1790: en dos años exportaron 138,328 libras. Bien pronto se observó que el algodon cultivado en las laderas es de superior calidad, y este se distinguió con el nombre de algodon de las islas marítimas.

El reciente descubrimiento del algodon silvestre, en grande abundancia en Africa, ha hecho concebir la esperanza de que si se pueden arreglar tratados con el rey de Dahomey, será el centro mas importante de esta produccion. Algunos creen que el algodon ha podido ser importado de América en Africa por esclavos negros. Esto no es posible, porque los peruvianos cultivaban el algodon para manufacturas mucho tiempo antes de la invasion española.

He aquí cómo se procede en los estados del Sud para realizar la recoleccion del algodon. Antes de separar la simiente, se muelle bien el terreno, que se habrá humedecido de antemano, si está muy compacto. Salen muchos tallos de una sola semilla, y se deja uno solo, á fin de que sea mas productivo. Se siembra en marzo y se coge en agosto ó setiembre. Luego que se ha recolectado, se expone al sol: las mugeres y los niños son los encargados ordinariamente de este sencillo trabajo.

E. T.

### REGLAS PRINCIPALES

QUE SE DEBEN OBSERVAR EN LOS BAILES.

Cuando se invita para un baile, debe tenerse un cuidado especialísimo de que entre las personas que estén en capacidad de bailar, no se encuentre mayor número de señoras que de caballeros; y, como puede suceder que las excusas ó cualesquiera otros accidentes que no puedan preverse, vengán á producir este resultado, deberá invitarse siempre mayor número de caballeros que de señoras.

Los dueños de la casa deberán cuidar constantemente de que ninguna señora que haya concurrido en disposicion de bailar, permanezca sentada durante el baile, cuando haya caballeros que puedan invitarla.

A los dueños de la casa no les es lícito bailar sino por un corto rato, y solo por via de obsequio á alguna persona respetable; bien que nunca ambos á un mismo tiempo, pues entonces quedaria la reunion enteramente privada de sus atenciones, las cuales no deben sufrir interrupcion alguna.

En los intermedios del baile, los dueños de la casa deben circular, por medio de sus sirvientes, entre las señoras, los refrescos que hayan preparado para obsequiarlas durante el tiempo que precede á la cena; y en el primer intermedio, excitarán á los caballeros á tomarlos por sí mismos en todo el curso de la reunion, indicándoles desde luego la pieza en donde se hallan.

Las personas que sin poseer la disposicion y los conocimientos necesarios toman parte en el baile, no hacen otra cosa que servir de embarazo é incomodidad á los bailadores realmente hábiles, desordenar y deslucir los bailes, y deslucirse completamente ellas mismas. En esto se cometen á un mismo tiempo varias faltas graves: se molesta á los bailadores, estorbándoles y embrollándoles sus movimientos, y poniéndolos en el caso de dar lecciones de baile en ocasion en que solo quieren divertirse; se ofende á los dueños de la casa, tomando por un entretenimiento frívolo y propio para aprender y ensayarse, lo que ellos han querido sin duda revestir de seriedad y elegancia; y se manifiesta poco respeto, y aun desprecio, á la concurrencia entera; pues de otro modo no se concibe que una persona pueda resolverse á presentarse á bailar ante ella sin haber tomado las indispensables lecciones,

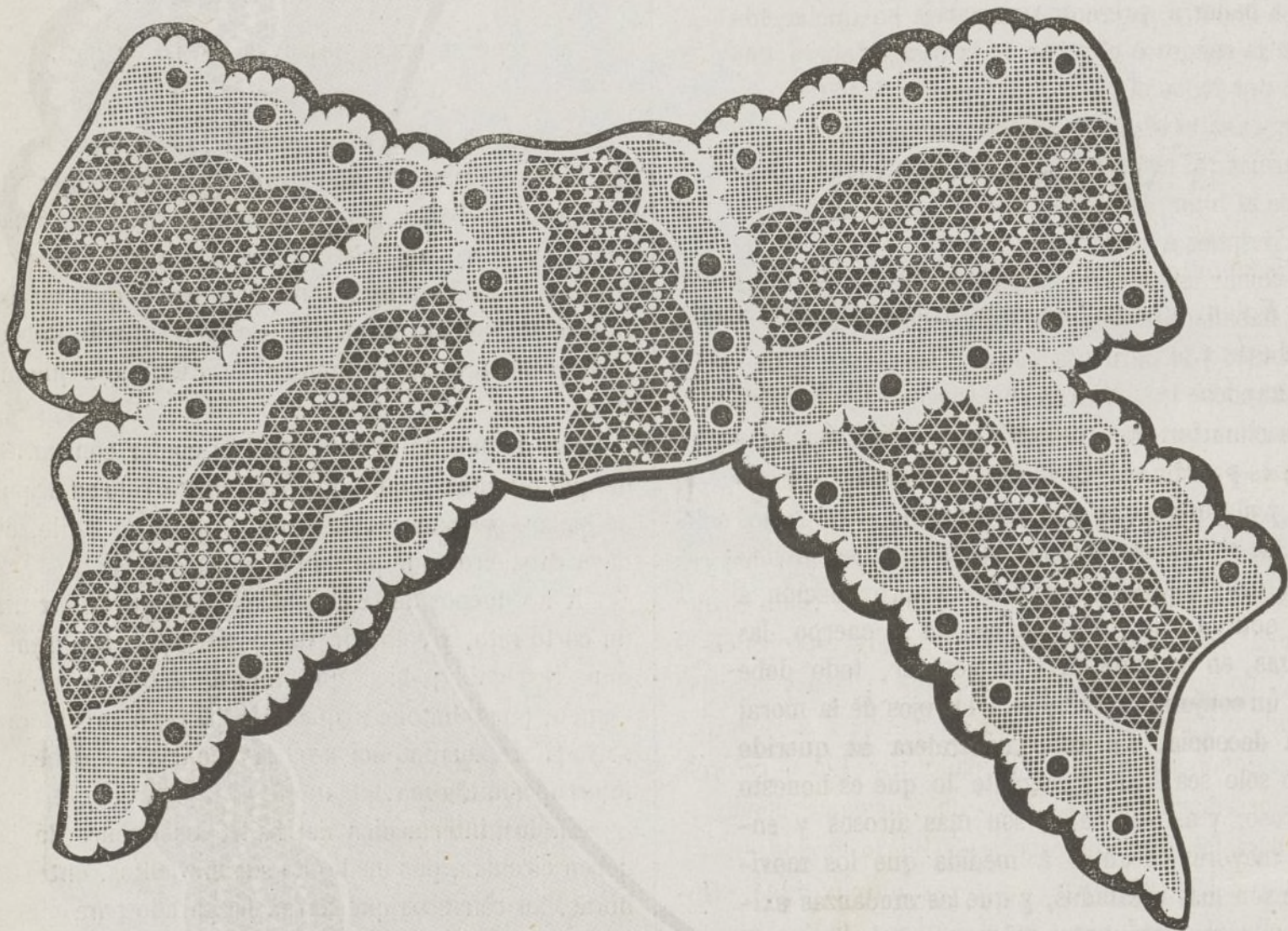


sin conocer las reglas del baile, sin saber, en suma, lo que vá á hacer.

El agruparse varios caballeros á invitar á bailar á una señora con afanoso empeño, deteniéndose prolijamente á distribuirse las diferentes piezas que la señora ha de bailar, ofende á las demás señoras que observan una tan marcada muestra de preferencia, que las deprime ante sí mismas y ante los demás, y de que por lo tanto no dan jamás ejemplo los caballeros de buena educacion, los cuales ostentan siempre aquella noble galantería que en sociedad concede iguales derechos á todas las señoras. Y es de notarse que este acto, así como cualquiera otro que

pueda ser mortificante, no ya á una señora, sino á cualquier caballero, compromete la responsabilidad de los dueños de la casa, cuya invitacion se acepta siempre bajo la implícita condicion de que no habrá de experimentarse ningun género de desagrado.

Cuando una señora no acepte la invitacion de un caballero para bailar, manifestándole que no está dispuesta á tomar parte en el baile, deberá abstenerse de hacerlo en todo el curso de la reunion, pues lo contrario seria una muestra de descortesía, enteramente ajena del carácter amable y eminentemente inofensivo que debe distinguir siempre al bello sexo; y si la causa de su negativa llega á



Corbata ó lazo en muselina con insercion ó aplicacion de tul, bordado á punto minuto con ojetes y feson á punto rosa.

desaparecer en el curso de la reunion, y se siente luego dispuesta á bailar, no lo hará sin hacer llamar á aquel caballero y ofrecerle su aceptacion; hecho lo cual, y aunque á él no le sea dable aprovecharse de este ofrecimiento por tener ya otros compromisos, podrá ya libremente tomar parte en el baile con cualquiera otro caballero.

Un caballero no puede ceder á otro la señora que ha aceptado su invitacion para bailar, ó con quien se encuentra ya bailando. Este acto solo seria inofensivo y admisible por via de obsequio á un sugeto muy respetable, que se quedase sin tomar parte en el baile por estar ya comprometidas todas las señoras; mas siempre con prévio consentimiento de aquella, y sin conocimiento anterior de la persona á quien se pretendiese hacer semejante obsequio. Seria muy impropio, y aun ofensivo, á una señora, el pedir á su caballero que la cediese para bailar con ella.

No es de buen tono que un caballero baile con su esposa, ni con ninguna otra señora con quien le ligen estrechas relaciones de parentesco.

La buena sociedad no admite que un caballero baile repetidas veces con una misma señora. Sin embargo, en una reunion muy numerosa y de mucha duracion, no es impropio que aparezca una misma pareja hasta por dos veces, con tal que estas no sean consecutivas.

Las personas con quienes ha debido contarse, y en efecto, se ha contado para bailar, no deben dejar de hacerlo sino por motivos evidentemente justificados; pues la inaccion de los bailadores debilita siempre en tales casos la animacion y el contento de la reunion, y no debe olvidarse nunca que á los festines no se vá únicamente á satisfacer los propios gustos y caprichos, y á recibir obsequios, sino tambien á corresponder al honor que se nos hace, contribuyendo por nuestra parte con todos los me-



dios que permitan nuestras circunstancias personales y nuestro carácter de convidados, y que no se opongan á la comodidad y placer de los demás concurrentes, al lucimiento de la reunion y á la consiguiente satisfaccion de los dueños de la casa.

Cuando los dueños de la casa se dirijan á un caballero para que invite á una señora á bailar, deberá prestarse gustosamente á ello, aun cuando la señora no sea de su agrado para el objeto; pues toda negativa, y aun toda muestra de repugnancia, seria una falta de consideracion á la misma señora y á los dueños de la casa.

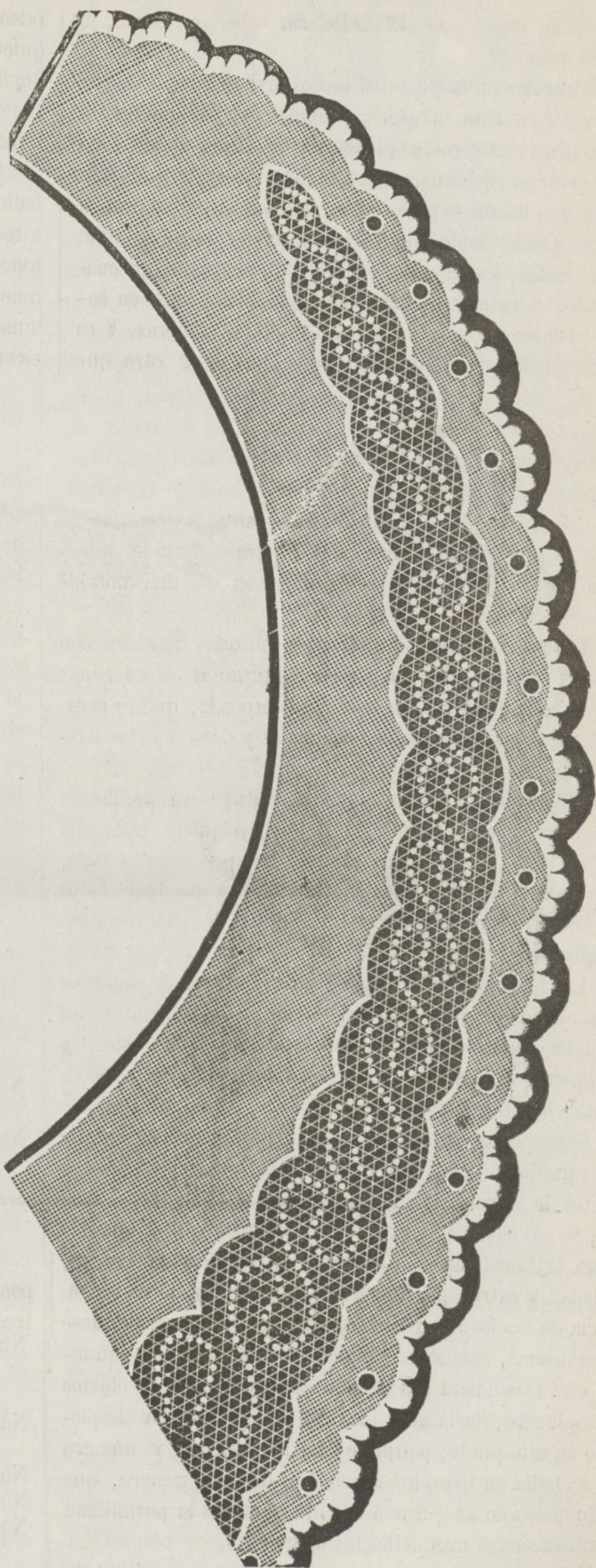
Por regla general, siempre que antes de principiarse á bailar se presente una pareja en que se encuentre la señora ó el señor de la casa, deberá cedersele por todos el puesto mas privilegiado.

Los caballeros deben ofrecer siempre el brazo á sus parejas, al levantarse estas de sus asientos para dirigirse al lugar del baile, lo mismo que cuando se retiren despues á sentarse de nuevo.

Al tomar asiento una señora que acaba de bailar, su caballero le dará las gracias por el honor que ha recibido, y le hará una cortesía antes de retirarse, limitándose la señora á corresponderle con una ligera inclinacion de cabeza.

Jamás podrán ser excesivos el respeto, la delicadeza y el decoro con que un caballero trate á una señora en el acto de bailar. La manera de conducirla, la distancia que guarde en su aproximacion á ella, la actitud y los movimientos de su cuerpo, las mudanzas, en fin, que haya de ejecutar, todo debe ofrecer un conjunto agradable á los ojos de la moral y de la decencia. La sábia naturaleza ha querido que tan solo sea bello y elegante lo que es honesto y decoroso; y así los bailes son mas aiosos y encierran mayores encantos á medida que los movimientos son mas recatados, y que las mudanzas exigen menor contacto entre señoras y caballeros, al paso que nada hay mas desagradable y chocante que aquellos bailes que ponen en tormento el pudor y la decencia.

Apenas se concibe que haya padres y madres de familia que consientan que sus hijas, cuya inocencia deben proteger y defender con esmerado empeño, sin que para ello los detenga ninguna especie de consideracion, se sometan en el baile á ciertas modas que no respetan lo bastante el pudor de la mujer, y que suelen invadir de cuando en cuando la sociedad para viciarla y corromperla. El imperio de la moda pierde toda legitimidad, todo derecho, todo dominio en los círculos de personas verdaderamente bien educadas, desde el momento en que de alguna manera ofende la moral y las buenas costumbres; y un padre, una madre, un esposo, un hermano, un pariente cualquiera de una señora, están plenamente autorizados para retirarla del baile ó hacerla tomar asiento, cuando no la vean tratada con la esmerada delicadeza que



Cuello de la misma clase y bordado.

le es debida, sin que al sugeto que la acompañe le quede otro partido que sufrir en silencio su bien merecido sonrojo, y aprender para lo futuro á conducirse dignamente en sociedad.

E.



## MODAS.

Creemos no disgustar á nuestras lectoras, ávidas de novedad en todo lo que se refiere á elegancia y el buen tono para su esmerada toilette, con una ligera reseña del carácter distintivo de la moda reinante en todas y cada una de sus principales partes accesorias. Se advierte, en primer lugar, que el terciopelo negro dispuesto en tiras rectas, anchas ó estrechas, á feston, rombos ó enrejado, entra hoy día en todos los adornos, lo mismo en los vestidos de calle que en los de paseo, faldas, trajes de baile y hasta de niños. Pero este adorno es siempre de mucho coste, á no emplear un terciopelo llamado *inglés*, especialmente en las tiras anchas para las faldas de los vestidos, en las que hacen un efecto tan bello como el terciopelo mas caro. Tambien se suple el adorno de terciopelo por otros de telas llamadas de fantasía, las que se prestan á preciosas confecciones de gran efecto y duracion para las jóvenes, á la vez que son de una notable economía.

Los tisús de superior calidad y variados matices con dibujos de novedad y buen gusto, figuran al lado del mas exquisito grós, muselina bordada ó brocada, que se presta á todas las disposiciones conocidas y desconocidas hasta el día.

El cinturon regente, que constituye un verdadero progreso en la toilette de la muger, adquiere cada día mayor boga; porque haciendo un lindo y esbelto talle, deja toda la libertad á los movimientos y produce todos los buenos efectos del corsé sin ninguno de sus inconvenientes.

Las faldas de seda y lana llevan multitud de adornos y accesorios de gran novedad en los botones, cinturones de todos géneros, broches de metal cincelados, etc., y completan la toilette de una manera admirable ricos fichús, bertas y otros accesorios.

Sin embargo de que los objetos de lencería son de tan variados precios, que hasta en las creaciones mas recientes de la moda los hay accesibles á todas las fortunas, se advierte sin embargo en ellos un gusto y una riqueza extraordinarias. Es digna de admirar la belleza, variedad y extremada finura de los encajes y bordados, la gracia de las formas y esmero en la ejecucion, tratándose de camisetas, camisas, mangas, cuellos, gorras, pañuelos, etc. Cualquiera descripcion que hiciésemos de objetos determinados, daria poca idea del lujo que se ha desplegado en este punto; porque es tal la variedad y número que se halla en todos los almacenes de este género, que no dudamos en asegurar á nuestras lectoras la posibilidad de satisfacer las mas delicadas exigencias.

Nos encontramos en la época del año en que la moda y el gusto hacen los mas heróicos esfuerzos para deslumbrar con sus brillantes creaciones en los grandes saraos y fiestas donde el espíritu móvil de la juventud busca ratos de grato solaz y variadas emociones con que alejar la monotonía de la vida en la mas ruda estacion del año. El buen tono está concentrado hoy en las reuniones y bai-

les; en ellos despliega su mayor elegancia, y por lo que debe interesar á nuestras lectoras, les damos la descripcion de dos trajes de la mas escogida novedad.

*Vestido de tul blanco.* Dos quillas de tul blanco doble sobre la falda, á cada lado del cuerpo: un rizado de tul rosa serpenteado sobre ellas, sembrado de flores rosa en toda su extension: á los lados y por delante (entre las cuatro quillas) seis bullonados de tul blanco, separados por rizados de tul rosa dispuestos en ondulaciones. El mismo número de bullonados están colocados por detrás con un poco de inclinacion hácia abajo como formando cola. Cuerpo escotado: berta guarnecida de rizados de tul rosa serpenteando en todo su largo: mangas formadas por tres bullonados de tul y adornadas de rosas: diadema de rosas.

*Vestido de crespón rosa sobre falda de seda del mismo color.* El delantero de la falda está guarnecido por tres volantes rizados, de veinte, doce y ocho centímetros de ancho: estos volantes son de crespón color malva, cubiertos de encaje blanco. Una sobrefalda de crespón malva muy ancha, abierta por delante, guarnecida con un solo volante de crespón rizado y cubierto de encaje blanco, completa el traje. Este volante, que tiene por detrás veinte centímetros de ancho, disminuye gradualmente hácia el cuerpo, que es escotado, en punta y con berta. Fichú de tul blanco de seda, guarnecido de encaje blanco: la berta es toda plegada y cubre las mangas, que son muy cortas. Tocado de terciopelo malva con una gran pluma blanca.

EMILIA R. Y R.

### EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núm. 1. Escudo á feston, punto de rosa y plumetís, con corona de capricho.
- Núms. 2 y 3. Cuello y puños á cordoncillo. Si se ejecuta esta labor sobre muselina, la tela será sencilla y las dos líneas que rodean al cuello indicarán la altura que ha de tener el biés, el cual se fijará á pespunte. Tambien podrá hacerse este dibujo sobre tela doble.
- Núms. 4 y 5. Cuello de amazona y mangas rectas bordados al minuto y punto de posta.
- Núm. 6. Entredos para colocar sobre el jareton de una enagua á feston, con ojete calados y á cordoncillo.
- Núm. 7. Escudo para pañuelo á plumetís, aunque en rigor podrian hacerse las espigas á punto de posta.
- Núm. 8. Guarnicion para mangas: aplicacion.
- Núm. 9. Pاليا con cáliz en medio: aplicacion.
- Núm. 10. Pañuelo á punto de armas, calados y plumetís.
- A. G. S. Pedidas por una suscritora.
- A. R. Z. Id. id.
- M. Y. G. Id. id. para bordar con oro.
- M. N. P. S. Enlazadas, id.
- J. G. G. Id. id.
- H. R. Pedidas por una suscritora.
- J. T. Id. para bordar en pañuelos de batista.
- F. B. Id. id.